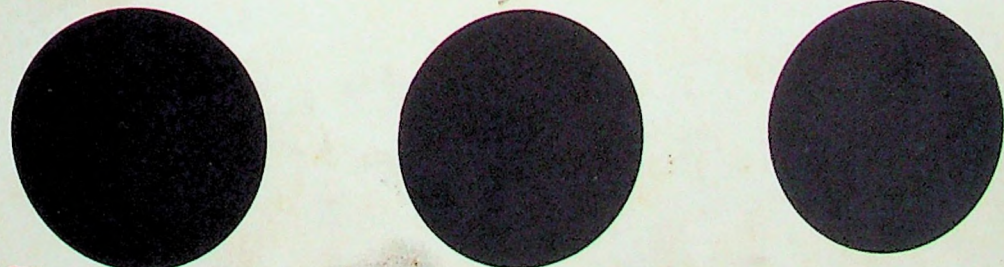




77

84

260
1972



EL FABOL

32

OMAR VERA LOPEZ / GUARA, PUERTA ABIERTA HACIA EL FUTURO DEL DELTA

2

LA CRISIS Y EL SENTIDO COMUN

48

ITAMAR MARTINEZ / JUANITA MOTA, LA MURECA DE REVERON

8

NICANOR F. GARCIA / EL PETROLEO LLEGO POR ORIENTE

62

H.M. BLANCO / ...Y EL AGUA LLEGO A LAGUNILLAS

24

FERNANDO MADRIZ GALINDO / EL FANTASTICO BARLOVENTO

64

JUAN TORO MARTINEZ / DUKE ELLINGTON

28

ALI BRETT MARTINEZ / LA INAPAGABLE SED

BLAS ANTONIO GRATEROL
PORTADA

Pocos temas han calado con tanta fuerza y rapidez en el interés de los públicos como el de la llamada crisis ambiental a la cual nos enfrentamos hoy en todos los confines del mundo. Graves predicciones sobre un destino amenazador llenan los medios de comunicación y escasamente pasa un día sin que se nos llame la atención sobre un nuevo peligro de contaminación.

Es indudable que esta fuerte publicidad ha ayudado a centrar el interés del público hacia los problemas de conservación, lo cual era imprescindible. Empero, hay ciertos peligros respecto a los cuales un tono altamente sensacional de publicidad a veces hace más daño que bien. A menudo, el contenido emocional de la discusión ambiental se hace tan candente y las peticiones de acción tan agudas que resulta difícil sopesar los problemas en forma objetiva, para lograr acuerdos sobre las prioridades o para elaborar planes razonados con el fin de tomar medidas reparadoras efectivas.

No obstante, toda esta conmoción ha tenido el efecto positivo de hacernos llegar a ciertas conclusiones: 1) la tecnología necesaria para realizar el trabajo se está desarrollando y debe tomarse una actitud realista sobre lo que puede lograrse en forma económica; 2) el costo será muy grande y debemos tener cuidado que éste no exceda los beneficios que se puedan alcanzar; 3) la lucha contra la contaminación debe ser coordinada y compartida por el gobierno, la industria y el público.

Esas tres conclusiones fueron señaladas por Mijo Brisco, presidente de la Standard Oil Company de New Jersey. El presidente de la SONJ se refirió a los esfuerzos que estaba haciendo su empresa, de la cual es afiliada la Creole, para luchar en contra de la contaminación ambiental. En el número de esta revista correspondiente al tercer trimestre del año pasado ya habíamos publicado un artículo firmado por el director de la Creole Dr. Federico G. Baptista en el cual se hacía un recuento detallado de lo realizado por esta empresa en este tiempo. En forma complementaria al artículo del Dr. Baptista y por creerlo de particular interés para el público venezolano, hacemos de seguidas un resumen de la filosofía del programa de conservación de la SONJ y de algunas de las

actividades específicas de ese programa en el mundo entero.

En el sentido de que el momento actual marca una encrucijada de vital importancia, ciertamente la SONJ se muestra de acuerdo en que está plenamente justificada la palabra "crisis". Pero, por otra parte, si dicha expresión tiende a sugerir que los problemas que confrontamos son de desarrollo reciente, que hay probabilidades de poderlos resolver con prontitud, que la civilización se halla en inminente peligro de desaparecer, la palabra podría quizás desorientar. Si bien la preocupación por el ambiente ha llegado sólo recientemente a constituir un problema público, los problemas ambientales han formado parte de la experiencia humana desde los propios comienzos de la historia, y no se abriga duda alguna de que continuarán siendo objeto de preocupación, mientras subsista la raza humana.

En el pasado hemos logrado salvarnos de situaciones harto difíciles y hemos aprendido con nuestra experiencia. La crisis que confrontamos hoy en día no es realmente tan distinta, en su índole como en su grado, de aquellas que hemos tenido que confrontar en el pasado. En esencia, la contaminación no es otra cosa que demasiadas personas tratando de hacer demasiadas cosas en un espacio excesivamente estrecho. El rápido crecimiento de la población y los adelantos en la tecnología han agudizado estos problemas, pero la cuestión esencial sigue siendo la misma de siempre: ¿de qué modo continuaremos aumentando nuestro número y mejorando nuestra forma de vida dentro de los límites que nos impone nuestro ambiente?

Tan sólo durante los últimos cinco años, la población mundial ha aumentado en 300 millones de almas —el equivalente de más de la mitad de la población de Europa o de la India o vez y media la de los Estados Unidos. Se pronostica un aumento ulterior del 23 por ciento dentro del próximo decenio, y para fines del presente siglo —es decir, en menos de tres decenios— se espera que la población actual llegará a duplicarse. Pero no es solamente el crecimiento de la población en número lo que amenaza la calidad de nuestras vidas, es la

concentración acelerada de las poblaciones de los sectores rurales a los urbanos, y nuestros cambiantes hábitos de vida. Los ingresos per cápita, el consumo y el uso de energía están aumentando agudamente debido a estas tendencias, produciendo niveles de sobrecarga ambiental que nunca antes se habían experimentado en este planeta. Verbigracia, mientras la población norteamericana aumentó en un 13 por ciento durante los años 60, el volumen total de la mercancía y los servicios aumentó en un 60 por ciento. Entre 1930 y 1968, la población creció un 63 por ciento, pero el consumo de petróleo subió el 300 por ciento. Aumentos igualmente dramáticos en la demanda, podrían citarse en otros campos, pero la industria del petróleo presenta un estudio de caso altamente revelador respecto al cómo y al por qué las preocupaciones ambientales han atrapado una parte tan grande del pensamiento y la planificación de la industria en estos últimos años. Por muchos siglos, el petróleo ha sido para la humanidad tanto un don del cielo como un problema. En ciertas regiones del mundo ha sido recolectado en filtraciones a través de la superficie de la corteza terrestre o rastreado en la superficie del agua en las quebradas desde hace más de mil años.

No obstante, sólo ha sido dentro de este último siglo cuando han venido a reconocerse todas las potencialidades del petróleo —como combustible, lubricante y materia prima para la elaboración de caucho sintético, fibras textiles, insecticidas, materiales de construcción, pinturas, rociaduras para la agricultura y los plásticos. Y con este reconocimiento, lo que antes era apenas una leve filtración del petróleo de las profundidades de la tierra, ha venido a convertirse en una verdadera inundación.

Desde finales de la Segunda Guerra Mundial, el consumo total de energía en el mundo libre —una de las mejores formas de medir un nivel de vida mejorado— ha llegado casi a triplicarse, y casi todo este aumento ha ocurrido con el petróleo y el gas natural. Mientras en los últimos 25 años el empleo del carbón ha aumentado sólo un 4 por ciento y el de la energía hidroeléctrica ha subido 69 por ciento, la demanda de petróleo ha aumentado 425 por ciento. Durante

los próximos tres decenios, se espera que los Estados Unidos por sí solos habrán de requerir más de dos veces la cantidad de petróleo y de gas natural que han consumido durante todo el lapso de 112 años desde que el Coronel Drake produjo por primera vez petróleo en 1859.

La demanda rápidamente creciente de energía le está planteando un problema especial al individuo que se halla en el negocio de suministrarla. Este ha asumido la responsabilidad de atender a esta demanda, mientras que al mismo tiempo trata de respetar las limitaciones ambientales cada vez más graves, que se hacen necesarias a resultas del creciente empleo de la energía.

Ya hay señales de que esta doble responsabilidad puede ser compartida con el público en un grado creciente en el futuro. La acción pública ha restringido la expansión de las plantas generadoras de fuerza eléctrica y acrecen los comentarios sobre la restricción de los vehículos a motor en las zonas urbanas.

En otras palabras, quienes se hallan en el negocio de suministro de energía continúan basando su planificación en la presunción de que la demanda de energía de los consumidores no ha sido aún disminuida por la insistencia del público en la conservación del medio ambiente. Sin embargo, debemos estar preparados en cuanto a la posibilidad de que estas condiciones puedan variar.

Debido a que, en la mayoría de los casos, el petróleo y el gas han sido hallados en lugares bastante distantes de sus mercados finales, este vasto crecimiento de la demanda ha exigido el desarrollo de un sistema de transporte amplio y que circunda el globo terráqueo, que deja todo lo conocido en el pasado reducido a dimensiones pequeñísimas —un sistema que abarca tanqueros, oleoductos, camiones y vagones-tanque capaz de atender a una demanda de 40 millones de barriles diarios.

Y, naturalmente, este inmenso crecimiento en el consumo ha tenido también otras implicaciones. Con miras al descubrimiento de nuevas reservas, la industria del petróleo ha tenido que adelantar la búsqueda del petróleo más allá del Círculo Polar Ártico y en las profundidades bajo el mar. Ha tenido que construir inmensas instalaciones

de almacenaje. Ha tenido que construir veintenas de refinerías. Ha tenido que hacer fuerte hincapié sobre los esfuerzos de investigación y desarrollo. Y ha tenido que ampliar y mejorar su red mundial de instalaciones de venta y de servicios.

En cada una de estas empresas, se ha topado con interrogantes relacionadas con la conservación del ambiente. Todavía se está muy distante de haberlas resuelto todas, y nuevas interrogantes surgen cada día. Sin embargo, se está consciente de estos problemas y se toman medidas positivas para corregirlos. En efecto, en la SONJ, el problema del ambiente tiene la máxima prioridad entre las responsabilidades sociales que le corresponden como empresa.

Hasta hace muy poco, por ejemplo, el método común para estudiar las posibilidades en las estructuras geológicas separadas de las costas, era el de detonar cargas explosivas para crear ondas de choque. Tales sondeos sísmicos producían mucha información valiosa, pero también producían inconvenientes a un buen número de pescadores. Para evitar este problema, la SONJ ha logrado éxito en el desarrollo de una nueva técnica denominada «Aquapulse» la cual produce resultados iguales —o hasta mejores— que la dinamita, pero sin molestar a la vida marina.

Los problemas que se confrontan en la producción son similares a los que se confrontan en las operaciones de exploración. Aquí de nuevo se hallan ciertos riesgos implícitos que por pequeños que sean estadísticamente hablando, no son menos reales ni menos desagradables.

Los derrames y descargas de petróleo ocurren todavía, a pesar de todos los adelantos tecnológicos que la industria ha logrado. Sin minimizarlos, no obstante, es sólo justo hacer notar que tales accidentes son pocos y muy distantes uno del otro: más de 10.000 pozos han sido perforados fuera de las costas en los últimos veinte años sin ningún incidente. Si bien debemos admitir que es mucho lo que falta por lograr, la verdad es que se le está concediendo mucha atención a estos problemas, y que los esfuerzos están produciendo resultados. Por ejemplo, a pesar de los accidentes ocasionales de que hemos hablado— las ope-

raciones petroleras separadas de la costa no han eliminado los lugares tradicionales de pesca. Los peces son atraídos hacia las cabrias marinas para la producción de petróleo por los escaramujos y plantas que se adhieren a sus pilotes submarinos. Los pequeños animales marinos se alimentan de éstos y, a su vez, atraen a los peces mayores. Como resultado de esto, las aguas alrededor de estas instalaciones marinas se han convertido en lugares predilectos para los pescadores deportivos y comerciales.

Algunos de los problemas más difíciles se hallan en la función de transporte —en el traslado del petróleo crudo y los productos acabados a lo largo del gran recorrido que hay desde el cabezal del pozo hasta la refinería y luego hasta el último consumidor. Como ejemplo, cada día unos 3.500 tanqueros marítimos transportan más de 30 millones de barriles de petróleo. Súmese a esto las incontables operaciones de carga y descarga que se llevan a cabo diariamente en los puertos y los terminales de todo el mundo. Para complicar aún más el problema del control de la contaminación, muchos tipos de buques y de operaciones marítimas, que se hallan totalmente fuera del control de la industria petrolera, ocasionan descargas dañinas. Además de los buques-tanques, más de 44.000 buques navegan regularmente por los mares y, por desgracia, muchos de ellos no observan las prácticas estrictas contra la contaminación.

Como el error humano tiende a ser un factor de tanta importancia en los accidentes marítimos y en los derrames ocurridos en el mar, la SONJ concede una alta importancia a la competencia y confiabilidad del personal de sus tanqueros.

El entrenamiento y el conocimiento de las normas de la compañía sobre la contaminación y la seguridad constituyen factores importantes en lograr la competencia y la confiabilidad. Las compañías afiliadas a la SONJ son muy activas en este campo. Un nuevo manual para la limpieza de tanques, incluyendo películas explicativas en los idiomas nativos, se elaboró recientemente para uso de todos los buques de la SONJ, en los cuales se hace hincapié sobre las precauciones relativas a la contaminación y a la seguridad. Los inspectores-entrenadores, uno

de ellos para cada ocho buques en la flota de una de sus afiliadas, constantemente viajan en los buques, evaluando y haciendo resaltar el control de la contaminación y la seguridad en la navegación. Cada seis meses, todos los oficiales de cubierta toman un curso de repaso sobre las reglas del mar. En un sentido real, las responsabilidades a cargo de los oficiales de los buques han crecido en proporción directa con el tamaño de los buques bajo su mando, y se tomó la iniciativa en suministrar el adiestramiento intensivo que se requiere para capacitar tanto a los capitanes de la empresa como a sus colegas de otras compañías para poder aceptar estos nuevos desafíos.

El adiestramiento de un capitán para manejar uno de estos tanqueros mayores presenta ciertos problemas únicos en su especie. En consecuencia, se tuvo que elaborar también soluciones igualmente únicas en su especie, reduciendo todo a una escala manejable en una instalación para entrenamiento marino cerca de Grenoble, Francia, originalmente construida y operada por la SONJ. Si bien estos pequeños buques pueden parecer como atracciones de un parque de diversiones, han demostrado ser invaluable para preparar a los capitanes para afrontar problemas de una escala algo mayor. En años recientes, el centro de adiestramiento ha sido entregado a una entidad independiente. Actualmente está siendo utilizado para adiestrar a los capitanes pertenecientes a la flota tanquera de todo el mundo.

Si bien queda mucho por hacer, la SONJ ha logrado considerable progreso en su campaña por lograr mares más limpios. Existe confianza en que el esfuerzo de múltiples fases —el cual implica una constante vigilancia, el entrenamiento intensivo del personal, y la introducción de técnicas más efectivas para evitar los derrames— ha producido ya una reducción considerable en los accidentes y en los errores humanos, y en la actualidad se hallan en estudio muchos enfoques o soluciones nuevos. Elementos tales como: ayudas mejoradas para la navegación; compartimientos de carga más pequeños para los tanqueros, los cuales bien podrían servir para reducir los derrames en ciertos tipos de accidentes; tanques sepa-

rados para lastre que se mantendrán libres de todo petróleo, controles y alarmas especiales, e instalaciones sanitarias para el tratamiento de las aguas cloacales. Otra innovación más que está siendo estudiada en la Esso Research & Engineering Company, la principal afiliada técnica de la Jersey, es un sistema para la inyección de sustancias químicas en una emergencia, para solidificar todo el contenido de los tanques y evitar así los derrames en el caso de una rotura o grieta.

Otro enfoque ha sido el de intentar establecer un patrón de tráfico en una sola dirección en aguas estrechas con mucho tráfico. Esta idea está siendo patrocinada por una entidad marítima entre gobiernos, con la cual ha venido colaborando activamente la SONJ. Este plan ha estado en vigencia por más de tres años en el Estrecho de Dover entre Inglaterra y Francia en el Estrecho de Malacca entre Malaya y Sumatra, así como también en los accesos a las bahías principales. Como todavía continúan ocurriendo accidentes entre buques en estos sectores, es evidente que es necesario lograr ayudas a la navegación más sofisticada. A través de las Naciones Unidas se están haciendo esfuerzos por ampliar esta práctica a otros pasajes y vías acuáticas de gran tráfico.

Tradicionalmente la fase de refinación de las operaciones ha estado asociada en la mente del público a los olores desagradables, al ruido y al humo. La SONJ está tratando que todo esto cambie, pero la tarea es difícil. Se están efectuando inversiones considerables, tanto para asegurar que las instalaciones se adapten a los reglamentos locales, como para anticipar futuras exigencias, pero si se consideran las inmensas cantidades de material que es necesario procesar, los problemas resultan en realidad enormes. Se están realizando esfuerzos especialmente enérgicos para extraer los elementos contaminantes del agua utilizada para fines de refrigeración, para reducir los niveles de ruido y para combinar visualmente las instalaciones con los panoramas que las rodean a fin de hacerlas aceptables y discretas. No obstante, por mucho que se trate de hacer, fundir una refinería petrolera moderna con el panorama resulta casi

tan inútil como el tratar de disfrazar a un elegante cubriéndolo con papel de florecitas. Empero, las refinerías y la naturaleza pueden coexistir, y gran parte de todo nuestro esfuerzo dirigido hacia el ambiente se viene ocupando de la solución de los problemas en esta área. Es una lástima que cierta parte del progreso que se está logrando no sea más visible, pero sí se están logrando adelantos considerables, particularmente en lo referente a la limpieza de las aguas efluentes. La circunstancia de que algunas refinerías están devolviendo el agua a los ríos en un estado más puro que cuando la recibieron es motivo de orgullo. Naturalmente, esto no es siempre cierto, pero es un objetivo que se trata de alcanzar en todo sitio.

Una de las preocupaciones primordiales en la fase de ventas de la industria involucra la desulfuración del aceite combustible en las refinerías tanto en el Caribe como en el Japón.

La planta desulfuradora de la Creole en Amuay, cuyo costo asciende a 120 millones de dólares produce hasta 160 mil barriles diarios de aceite combustible con bajo contenido de azufre la mayor parte del cual está destinado a ser utilizado en varias de las ciudades mayores a lo largo de la costa oriental de los Estados Unidos, donde la contaminación del aire se ha convertido en un problema crítico.

La capacidad de esta planta aumentará en 100.000 barriles diarios una vez concluidos los trabajos de expansión que se realizan actualmente. Otra planta que también desulfura petróleo venezolano fue construida por la SONJ en la isla de Aruba, con capacidad para 100.000 barriles la cual también está siendo ampliada en una cantidad igual.

Los grupos de conservación y los arquitectos paisajistas, trabajando de común acuerdo con las autoridades locales, están tratando de diseñar estaciones de servicio que sean a la vez funcionalmente eficientes, físicamente atractivas y estén en armonía con los paisajes circundantes. También se están realizando esfuerzos por mantener limpios los transportes de combustibles así como por embellecer las áreas de las estaciones de servicio mediante la siembra de árboles y un cuidado mejor de la grama y los jardines de los frentes. Se están también

realizando gastos cuantiosos para mejorar los métodos mediante los cuales los distribuidores puedan manejar con mayor efectividad los problemas de eliminación de los desperdicios sólidos y líquidos.

En respaldo de todos estos esfuerzos existe un programa de investigación y desarrollo de vastas proporciones. En la actualidad hay 115 científicos altamente especializados en la Esso Research and Engineering en los Estados Unidos, y muchos científicos adicionales en los Centros de Investigación Esso de las diversas partes del mundo están dedicando todo su tiempo a proyectos de control de la contaminación, centrados sobre cuatro sectores de especial interés.

Primero, gasolinas para motor —esta investigación está también especialmente relacionada con la fase de ventas de las operaciones de la cual acabamos de tratar. El área de los desperdicios de escape de los vehículos automotores, representa un sector importante donde la Esso Research está investigando cierto número de sistemas de control capaces de cubrir las metas indicadas como necesarias por parte de los Estados Unidos.

Segundo, combustibles residuales —con miras a la reducción de los escapes de óxido de sulfuro, mediante el desarrollo de la tecnología necesaria para reducir el contenido de azufre en los crudos con un alto contenido de este elemento.

Tercero, desulfuración del gas combustible —con el propósito de desarrollar un proceso viable y económico para extraer los óxidos de sulfuro de los gases de chimenea en las plantas generadoras de electricidad y plantas industriales.

Cuarto, nuevas tecnologías y técnicas de ingeniería —que se requieren para reducir al mínimo la contaminación del aire y del agua resultantes de la operación de las refinerías y plantas de petróleo, y del transporte del petróleo y sus productos, tanto terrestre como marítimo.

Además de los estudios que la SONJ lleva a cabo por su exclusiva cuenta está también cooperando estrechamente con otros —incluyendo el Gobierno de los Estados Unidos, el American Petroleum Institute, y los principales fabricantes de automóviles de Estados Unidos, Europa y el

Japón— en una amplia gama de proyectos conexos.

Si bien apenas se ha comenzado a raspar la superficie en esta breve reseña de las preocupaciones ambientales que confronta la SONJ en sus operaciones diarias, sería conveniente en este punto, tratar sobre algunos de los factores externos que guardan relación con su habilidad para poder actuar efectivamente para solucionar estos problemas.

El principal entre éstos, como ya se ha tratado de sugerir, se halla en la circunstancia de que una población que se multiplica con rapidez está pidiendo a gritos suministros mayores de productos industriales, y que la mayor parte de las operaciones industriales son, por naturaleza, algo ruidosas y desaseadas. Sencillemente, no es posible producir, transportar, procesar, distribuir y consumir cada día cuarenta millones de barriles de un líquido bituminoso, untuoso, inflamable, sin causarle alguna violencia a la naturaleza.

El punto de vista de la SONJ es que es posible lograr niveles aceptables de pureza del aire y del agua a un costo que está dispuesta a pagar, y que si bien es posible que el costo total sea alto, no es necesario que el costo por persona resulte excesivo. Pero si han de lograrse tanto éste como los objetivos más amplios de la conservación ambiental, TODOS los segmentos de la sociedad tendrán que poner de su parte, mediante el ejercicio de la vigilancia, la inteligencia y la limitación. Los organismos supranacionales tendrán que asumir un grado de responsabilidad para promover la cooperación y la planificación regionales. Los gobiernos de las naciones tendrán que promulgar leyes y establecer códigos capaces de prestar un servicio mejor al público tanto desde el punto de vista ambiental como del económico. Los gobiernos locales tendrán que tomar una iniciativa mayor en la instalación de los equipos y controles necesarios para librar al ambiente de las aguas cloacales no tratadas, del humo y de los desperdicios provenientes de los incineradores. El público tendrá que cumplir las nuevas normas e insistir en que éstas se hagan cumplir equitativamente mediante una inspección adecuada. Y el comercio y la industria ten-

drán que elevar sus propias normas de control, cooperando con estos programas comunitarios en todas las formas posibles. Para cerrar, vale la pena decir que pocas son las industrias que estén más agudamente conscientes de su deuda para con la naturaleza, que la industria petrolera, y pocas de ellas reciben con mayor frecuencia el recordatorio de cuán importante es el proteger los ricos —si bien característicamente limitados— recursos naturales del mundo. La SONJ ha llegado a considerar la calidad del aire y agua usados en la misma forma crítica en que observa la calidad de sus demás productos. Ha destacado su disposición de alterar sus operaciones o las características de cualquiera de sus productos con el objeto de eliminar las descargas finales y los escapes de tipo objetables. Ha aceptado la parte de culpabilidad que le corresponde por el lamentable estado en que hoy se halla nuestro mundo, y ha declarado su intención de tomar justa participación en la responsabilidad de trabajar para el logro de un mañana más brillante —y más limpio. Pero no debemos olvidar que la conservación ambiental compete a todos y cada uno: la National Academy of Sciences (Academia Nacional de Ciencias) ha estimado que menos de la tercera parte de los principales elementos contaminantes de la atmósfera son liberados por las plantas de fabricación y los complejos generadores de electricidad; el resto proviene de otras fuentes, principalmente de los particulares y las municipalidades.

La necesidad que existe hoy día no es —como pretenden algunos— detener el progreso y negar los inmensos logros obtenidos por las chimeneas humeantes y los ruidosos motores de la revolución industrial. Nuestros esfuerzos deberán encaminarse a buscar formas para reconciliar las necesidades del hombre con la preservación de la naturaleza, mediante el empleo más racional de los recursos naturales y el manejo más previsor e inteligente del ambiente que ha sido confiado a nuestras manos. Es claro, que no podemos ya darnos el lujo de continuar ignorando el ambiente. Tampoco debemos tratar de tomarlo por «conquista». La vía adecuada ha de ser la de buscar una colaboración más armoniosa con las fuerzas de la naturaleza: un equilibrio dinámico que sea compatible con el desarrollo continuo de la humanidad.

50

AÑOS DE CREOLE EN VENEZUELA



En cualquier sitio,
en plena selva,
nacía un campamento petrolero.

EL PRIMER POZO PETROLERO PRODUCTOR DE LA CREOLE EN VENEZUELA NICANOR F. GARCIA

El hecho de haber cumplido la Creole 50 años en Venezuela ha sacado a la luz muchos recuerdos, papeles viejos y fotografías amarillentas por el tiempo. Entre esos papeles hemos encontrado dos cartas cuyo aporte a la pequeña historia de la industria es valioso. Una es una simple nota escrita por F. A. Dalburg, mejor conocido como Pancho Dalburg, encargado de dirigir la entonces recién nacida Standard Oil of Venezuela en el oriente del país. La carta está dirigida a William Warfield en Nueva York, posiblemente uno de los ejecutivos que la compañía matriz había designado para supervisar las operaciones en Venezuela y en ella le avisa del envío de fotografías tomadas durante la construcción de la carretera entre Maturín y Perro Seco. La carta está fechada el 28 de octubre de 1922.

La importancia de Perro Seco, un pequeño poblado que en aquel tiempo tenía unas cincuenta casas de paredes de bahareque y techo de paja, situado a unos treinta kilómetros al noreste de Maturín, nace del hecho de haber sido el sitio elegido para perforar por primera vez en el oriente del país. Había sido seleccionado como el sitio más promisor apenas unos tres meses antes y la construcción de la carretera era el primer paso para que las cuadrillas de perforación pudieran efectuar su trabajo.

La otra, fechada tres meses después está firmada por W.R. Duncan en Maturín y dirigida a Rutherford Bingham, presumiblemente ejecutivo de la Standard y residenciado en Caracas. En esta segunda comunicación, Duncan envía dos rollos de película para ser procesados en Caracas ya que en Maturín no existe quien pueda hacer ese trabajo. Los dos rollos contienen tomas de las instalaciones en Perro Seco: oficinas, campamento, depósito de materiales, tuberías y, el mejor documento de todos, unas cuantas tomas del Monas No 1, el primer pozo petrolero que perforó la Creole —entonces Standard Oil Company— en Venezuela. Estas fotografías una vez reveladas y copiadas serían enviadas al Ministerio de Fomento según solicitud del Guardaminas Domingo Plaz, para ser incluidas en la Memoria correspondiente a ese año. Como se recordará, para 1922 y 23, fecha de las cartas citadas, la industria petrolera estaba bajo la jurisdicción del Ministerio de Fomento.

Un pedazo de historia

Las cartas son un trozo de historia de la industria petrolera en Venezuela. Y el comienzo de un camino áspero y difícil que hubieron de recorrer estos norteamericanos decididos a encontrar petróleo en el oriente del país. Juzgándolos ahora, a través de los años, con la frialdad de esa perspectiva lejana, es preciso reco-



Selva apretada, abierta de improviso en el campamento de los hombres que buscaban el petróleo.



Para la construcción de la carretera Maturín-Perro Seco, la empresa suministraba el camión y su conductor, y el Presidente Ducharme pagaba los obreros que extraían la arena.

Seco. Se señalaban las parcelas donde se perforaría eventualmente con nombres que comenzaban con las tres primeras letras del estado Monagas: Monas, Monab, Monac. Perro Seco fue rebautizado Monas Nº 1. Exactamente el 30 de octubre de 1922 —dos días después de la carta de Dalburg— comenzó la perforación del primer pozo de la Creole en Venezuela: el Monas Nº 1. La cuadrilla de Fry estaba compuesta por Dudley Lutz, Robert White y Harold Perkins, experimentados petroleros de West Virginia duchos en el manejo del taladro de percusión que se utilizaba entonces.

La suerte no les acompañaba. Casi tres meses después no habían llegado a doscientos metros. Los taladros de percusión diseñados para perforar en roca dura no tenían efectividad en la tierra floja de la mayoría de las concesiones prometedoras en el oriente venezolano. El cemento no fraguaba. El hueco perforado no se mantenía recto. El agua surgía cada instante. Mes tras mes se continuaba profundizando hasta que a los seiscientos metros se obtuvo una pequeña muestra de gas y petróleo que sirvió para inflamar de nuevo a la descorazonada cuadrilla.

Mientras tanto Liddle había señalado una nueva ubicación, esta vez a su gusto, en la parcela Moneb, al sureste de Quiriquire, sobre el río Quiriquire. (1)

El informe de Liddle llegó a Frank Dalburg, quien lo examinó junto con el geólogo jefe Bela Hubbard, reemplazo del anterior, Bowen. No estuvieron de acuerdo con Liddle y, por lo tanto, Dalburg le pidió que estudiara la posibilidad de mover el sitio hacia el oeste. Moneb estaba a unos 16 kilómetros al este de Perro Seco y Hubbard creía que Liddle se había ido demasiado en esa dirección. El geólogo accedió a buscar otra ubicación y señaló una que llamó Monat a medio camino entre Moneb y Perro Seco, pero dejando claro que en su opinión ambos estaban equivocados y que Moneb ofrecía mejores posibilidades.

La nueva ubicación llegó a tiempo para mantener la esperanza porque el primer pozo, Monas Nº 1, perforado en Perro Seco, cada vez tenía más problemas. El 29 de noviembre de 1923 Fry ordenó cerrar el pozo y re-ejecutivos de la Standard en Nueva York un telegrama modelo de concisión: "Perro Seco, está seco". La esperanza —eterna compañera del geólogo petrolero— se trasladó a Monat. Se construyó una carretera desde Perro Seco hasta la nueva ubicación que estaba en medio de la selva, a poca distancia del pueblo de Las

(1) Aunque la voz Quiriquire parece provenir de la lengua indígena, por los campos petroleros corría otra versión. Se aseguraba que se había originado por la existencia de unos gatos en el campamento a los cuales se llamaba, en inglés: "Kitty... kitty", lo cual sonaba muy parecido a Quiri... Quiri, llegándose, por extensión, a denominarse de esa manera todo el campo petrolero.

Cruces. La vegetación era tan densa en el lugar donde la carretera se adentraba en la selva que se le bautizó "la boca de la bruja".

El trabajo en la nueva ubicación —Monat— progresó rápidamente. En abril llegaron a una zona productora entre los 330 metros y 335 metros. El pozo produjo varios miles de barriles pero de un crudo tan pesado que casi era asfalto. Se decidió seguir adelante con la perforación pero a finales del año todavía estaban en quinientos metros con pocas esperanzas de que Monat resultara un buen pozo productivo. Con la tenacidad que nunca abandona al buscador de petróleo Fry recordó la recomendación que había hecho Liddle sobre la ubicación que llamó Moneb, asegurando que era la mejor de todas las que tenía la SOV en el oriente. Y siguiendo casi una corazonada ordenó reparar la carretera que conducía hasta ese sitio que aún no había sido invadido del todo por la selva.

El 10 de febrero de 1925 comenzaba Fry a perforar en Moneb. Con eso contrariaba lo que pensaban los directivos de la Standard en Nueva York, cuya opinión siempre fue la de perforar más hacia el oeste, más allá de Perro Seco, en una parcela identificada con el nombre de Monab. Incluso utilizando la línea del telégrafo —un simple alambre galvanizado que partía de Maturín y llegaba a Carúpano después de cruzar selvas y descampados para acoplarse allí a la línea que unía Caracas a Maracaibo— le dieron órdenes expresas de dirigir sus actividades en esa dirección.

Fry olvidó en parte la comunicación recibida. Ordenó instalar el primer taladro rotatorio que se había visto en el oriente de Venezuela —traído por Lawrence Prince, transferido de Occidente para trabajar como jefe de Transporte— en la parcela Monak, cerca del pueblo de Cachicamo, y otro taladro en Monek, cerca del pueblo de Rondón, pero persistió en seguir perforando en Moneb.

Es realmente admirable el coraje de aquellos pioneros. Los problemas se amontonaban y había que resolverlos sobre la marcha, inventando soluciones, adaptando procedimientos, buscando caminos que las más de las veces no tenían antecedentes en la propia industria. Fry envió buscar a su esposa y a su hijo. Otros hombres imitaron su ejemplo. Las esposas insistieron en compartir las dificultades y privaciones de sus maridos viviendo en las primitivas cabañas construidas por ellos mismos al borde de la selva. Muchos aventureros llegaban todos los días atraídos por la noticia de que se buscaba petróleo en esa zona. La mayoría llegaba a bordo de una lancha a motor propiedad de un contrabandista llamado Pancho Rodríguez. Don Pancho, como se le conocía, compraba en Trinidad artículos que vendía luego en Maturín después de haber entrado por el San Juan hasta Caño Colorado, ignorando, desde luego, la aduana de Cristóbal Colón.



Alberto Fuenmayor, veterano petrolero, hoy jubilado, en el sitio donde se perforó el Moneb N° 1.

Una noche conversaban "Sonny" Calvert, jefe de campo, con Dick Thompson, perforador, sentados sobre una rumazón de tubos, cerca de la cabria, comentando la posibilidad de que efectivamente hubiera petróleo bajo sus pies. Thompson, indio cherokee nacido en Oklahoma, se interrumpió para oler el aire como un perdiguero: "Gas... -gritó- huelo a gas". Corrieron hacia el pozo. El barro burbujeaba en el orificio. Thompson volvió a gritar: "Rápido... Llévense esas calderas antes que el gas las alcance". Pero antes de que llegaran a ellas un terrible rugido brotó de la tierra y barro, piedras y petróleo surgieron en un poderoso chorro que rebasó la altura de la cabria.

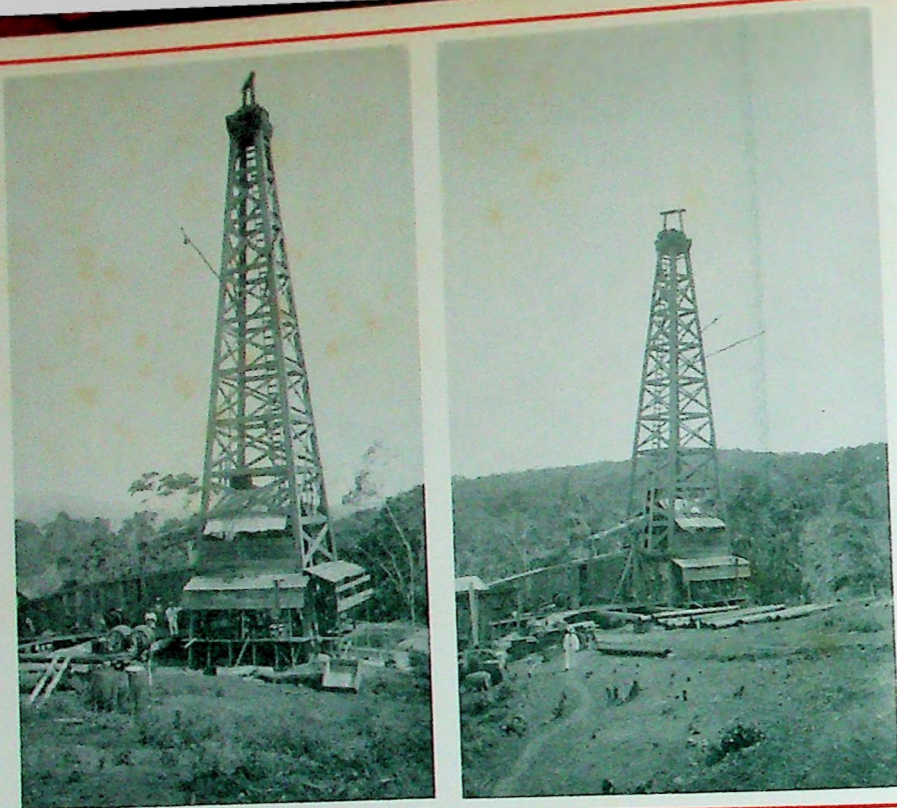
El Moneb 1 había explotado. Era el 6 de octubre de 1925.

Sin embargo, el Moneb fue un buen pozo por poco tiempo. En la primera impresión, llenos de entusiasmo, creyeron que toda el área flotaba sobre petróleo y rebautizaron el pozo Quiriquire 1. Al poco tiempo dejó de producir y no volvió a hacerlo a pesar de todos los esfuerzos. Apenas produjo 500 barriles diarios en su mejor momento y después decayó de tal manera que no se podía considerar comercial. Después los pozos secos se sucedieron con regularidad monótona: Mona, Monaq, Monek, Sucax, Monef 1, Monef 2, Azagua, Sucex. Los perforadores se quejaban de que el sistema que usaban no era el apropiado para las formaciones blandas del oriente de Venezuela y pedían que se utilizaran taladros rotatorios...



Y fue surgiendo, a filo de machete y voluntad, un anejo camino entre Maturín y Perro Seco.

pero proseguían incansables en su trabajo con el taladro de percusión. Un día llegó la noticia: "Regresamos al viejo Moneb. Se piensa que podemos encontrar algo si vamos más abajo...". El taladro rotatorio se instaló en Moneb y recomenzó la perforación el 26 de abril de 1926. La primera perforación había llegado más allá de los quinientos metros con un área productora a los cuatrocientos y tantos metros. Se había puesto tubería de diez pulgadas en el fondo y de veinte pulgadas hasta llegar a la zona nueva. De allí en adelante se utilizó tubería de ocho pulgadas. Esta segunda etapa del Moneb fue desastrosa. Todo cuanto podría ocurrir en la perforación de un pozo sucedió esta vez. Cada día traía un nuevo inconveniente. Los perforadores maldecían el pozo pero, a pesar de todo, se fue creando una especie de esperanzada excitación desde Quiriquire hasta Maturín. Se oía el petróleo en el aire y aquellos pioneros estaban nerviosos como perros de caza. El sentimiento era tan fuerte que inclusive se ordenó comenzar la perforación de otro pozo, el Moneb 2, sin tener ningún resultado positivo en el Moneb 1. Comenzando 1928 la mecha del Moneb 1 comenzó a cortar en terreno suave. Y el 1º de junio de 1928 llegó la noticia: el Moneb 1 explotó nuevamente. Esta vez sí que fue una explosión. La primera expansión envió la tubería de cuatro pulgadas completamente

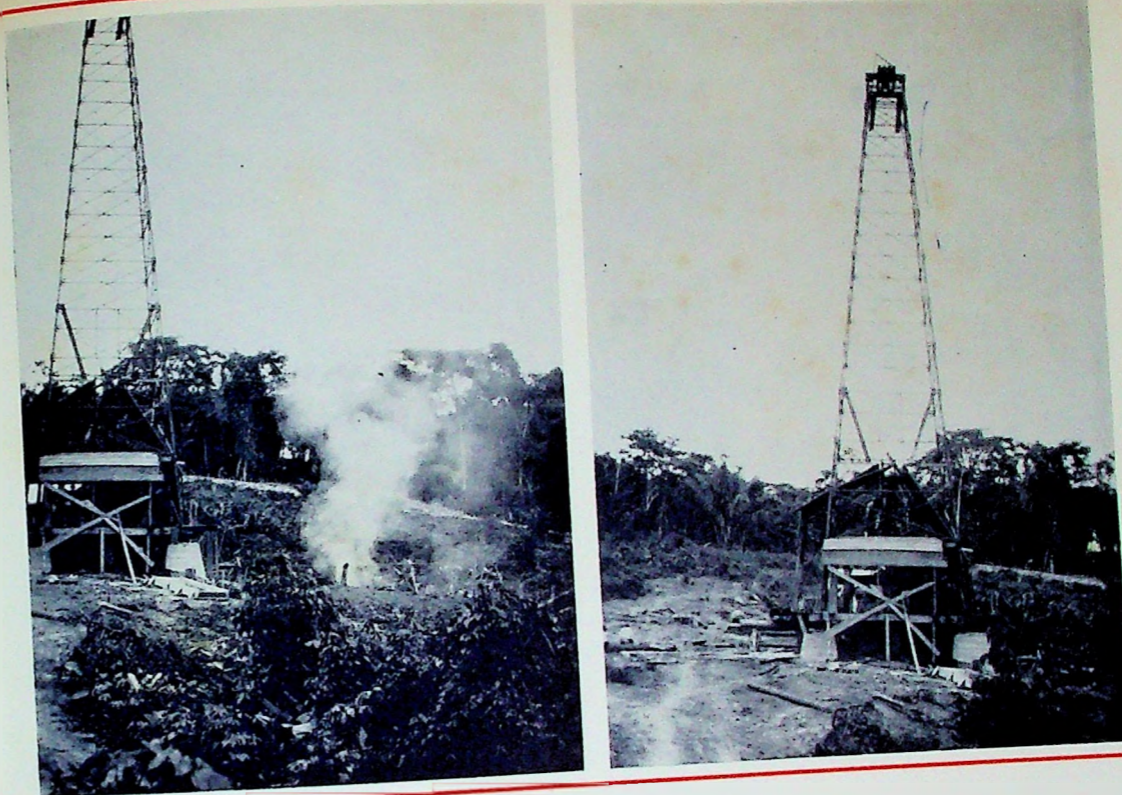


Monas N° 1, el primer pozo perforado por la Standard en el Oriente de Venezuela mostraba este aspecto en 1923. Se utilizaba todavía el taladro de percusión.

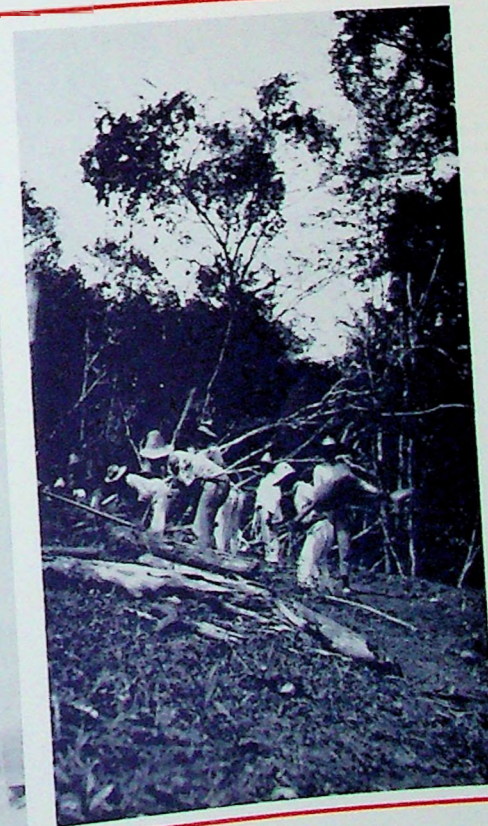
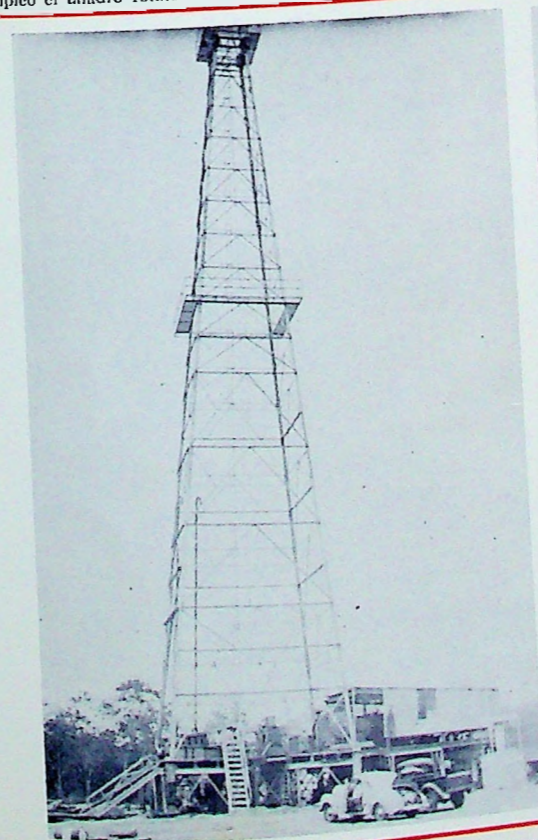
fuera del hueco. La tubería se enrolló en la cabria como si fuera hecha de cuerdas. El crudo sacó la línea de barro. Las piedras que expulsaba la tubería de ocho pulgadas hicieron pedazos la armazón de la cabria hasta que libre de rocas y obstáculos el pozo fluyó con libertad. El perforador Ben Thompson —del mismo apellido del perforador de la primera explosión pero sin parentesco con él— calculó el flujo en unos mil barriles diarios. Después de ocho horas el flujo cesó. El pozo se había obstruido debajo del final de la tubería. Los hombres procedieron a construir instalaciones de control. Se regularizó el flujo en 800 barriles diarios las primeras 24 horas y luego bajó a 548 barriles diarios a través de tuberías de tres cuartos de pulgada. La perforación había alcanzado unos 600 metros de profundidad, más o menos cien metros más abajo que la primera perforación. La noticia causó sensación en la compañía matriz, la Standard Oil Company, Nueva Jersey. Habían pasado siete largos años sin que la SOV hubiera encontrado una gota de petróleo en Venezuela. Con una indestructible fe en el futuro la empresa había invertido millones de bolívares, sus hombres habían soportado penalidades sin cuento, atravesando selvas casi impenetrables, luchando contra enfermedades endémicas, pero al final habían encontrado petróleo. El Monch 1, rebautizado Quiriquire 1, fue el pozo descubridor del campo de Quiriquire. Solamente falta un detalle muy revelador: para llegar a ese primer pozo productor en el oriente de Venezuela, la SOV, antecesora de la Creole, gastó 120 millones de bolívares.

Si escribiéramos un cuento de hadas, éste sería un buen final. Sin embargo, las circunstancias reales son siempre más duras que los cuentos de hadas. El petróleo estaba allí, sí, pero ¿cómo llevarlo a los mercados? A pesar de las tremendas dificultades que significa encontrar el yacimiento, realmente ese es apenas el comienzo de una tarea. Una vez hallado el crudo hay que producirlo, almacenarlo, llevarlo, atravesando montañas o desiertos, hasta el sitio adecuado para embarcarlo hacia los mercados del mundo. Y ese trabajo recio, peligroso, difícil, estaba por hacer. La industria del petróleo no conoce descanso. Una vez hallado un yacimiento es preciso comenzar de nuevo la búsqueda del siguiente. Y repetir la operación tantas veces que al final el geólogo se siente como el perro que persigue su propio rabo.

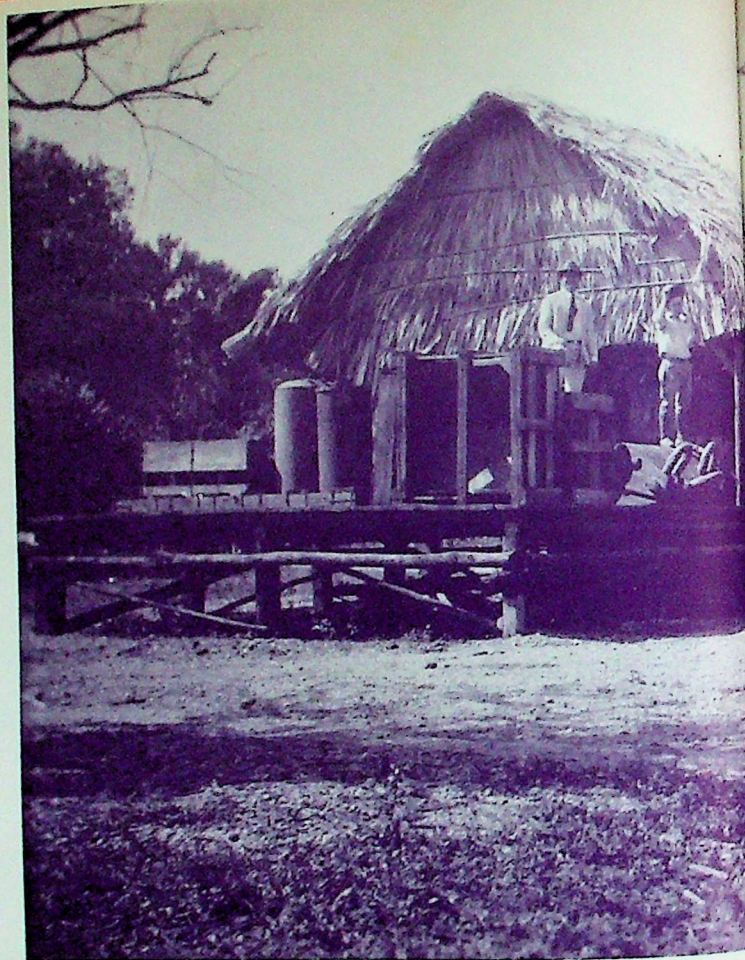
Relatamos la odisea de encontrar el primer pozo productor en el oriente del país. Falta recordar el esfuerzo tremendo de hacer útil el petróleo llevándolo hasta los mercados del mundo, ese esfuerzo que empezó precisamente en aquel momento y que no ha finalizado todavía. Que no finalizará jamás. Pero esa es otra historia.



En diciembre de 1923 se comenzó a perforar el Monat N° 1, en Quiriquire, el primer pozo de la zona oriental donde se empleó el taladro rotatorio.

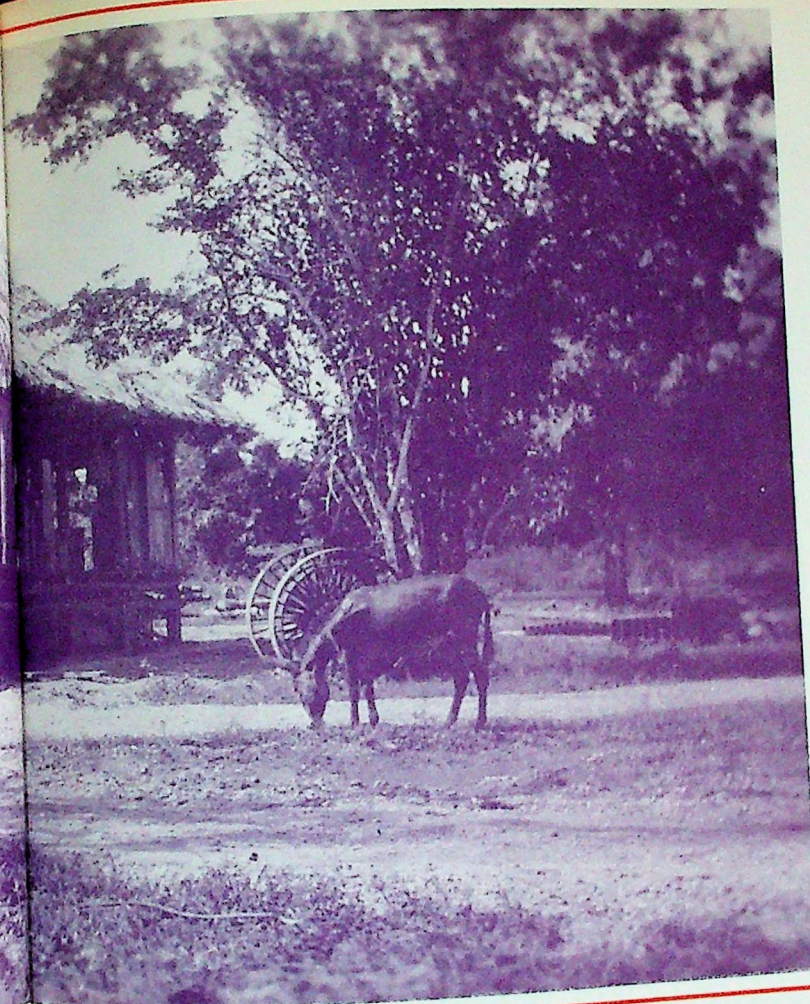


A la izquierda las cabrias precursoras de las actuales, con la plataforma del encuellador, muestran la diferencia de estructuras en relación con las del Monas N° 1 y Monat N° 1. A la derecha el trabajo de limpiar la ruta para la carretera Maturín-Perro Seco.



Las oficinas principales
junto al
depósito de materiales.

La plataforma para cargar
materiales en el
depósito en Perro Seco.



El campamento
del personal técnico al lado de la
carretera.





La carretera se abrió
ganándole
la batalla a la selva.



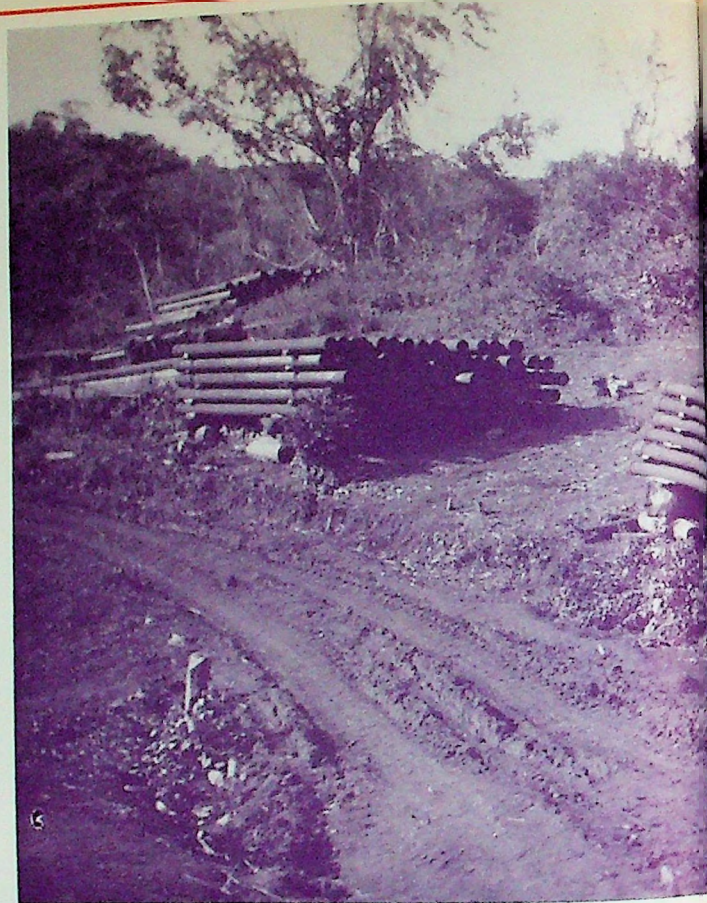
A fuerza de abrir picas
la carretera llegó a
Perro Seco.



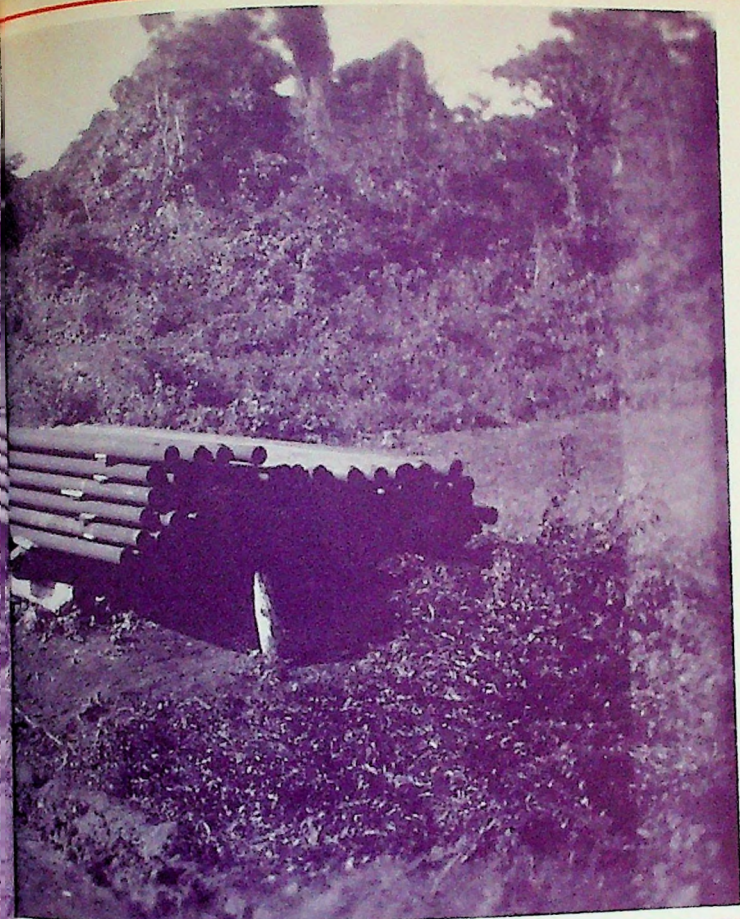
El cruce de los ríos —como éste,
de Santa Clara—
era una proeza diaria.



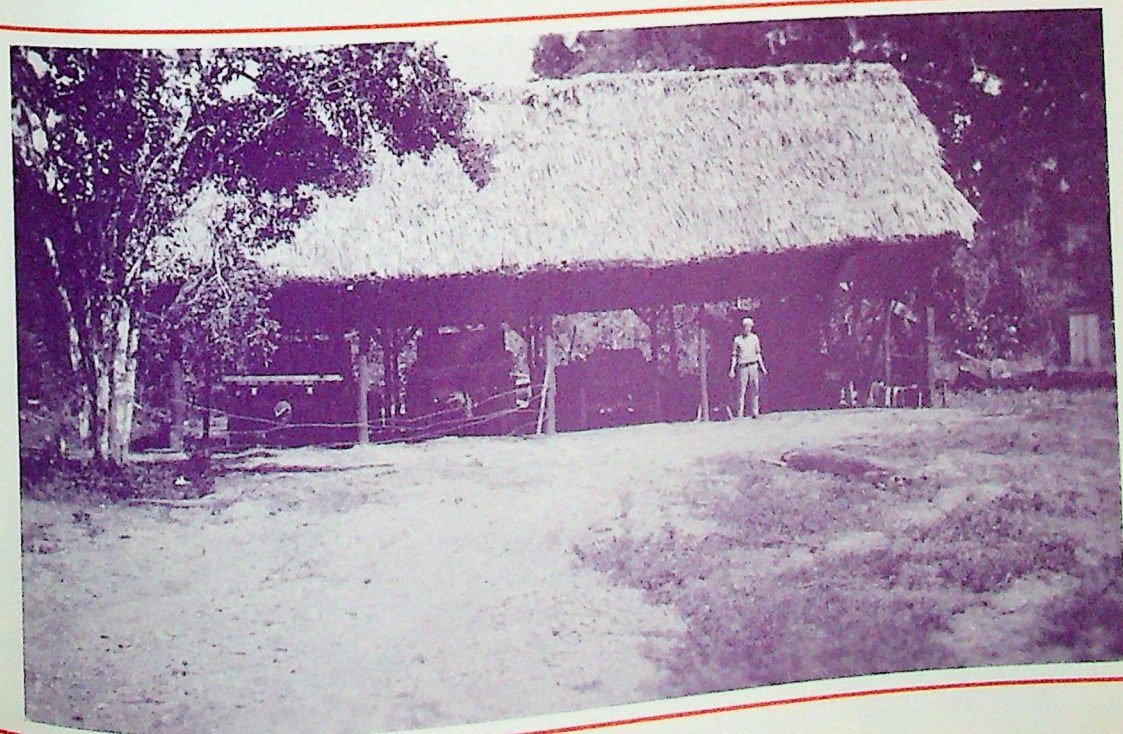
El comedor de los
trabajadores en Jusepín,
ya en 1941.



El material pesado,
como los tubos,
se almacenaba al aire libre.



La diaria entrega
de materiales y herramientas
en el depósito.



Las escasas unidades
mecánicas se guardaban en este
rústico garage.

EL FANTÁSTICO BARLOVENTO

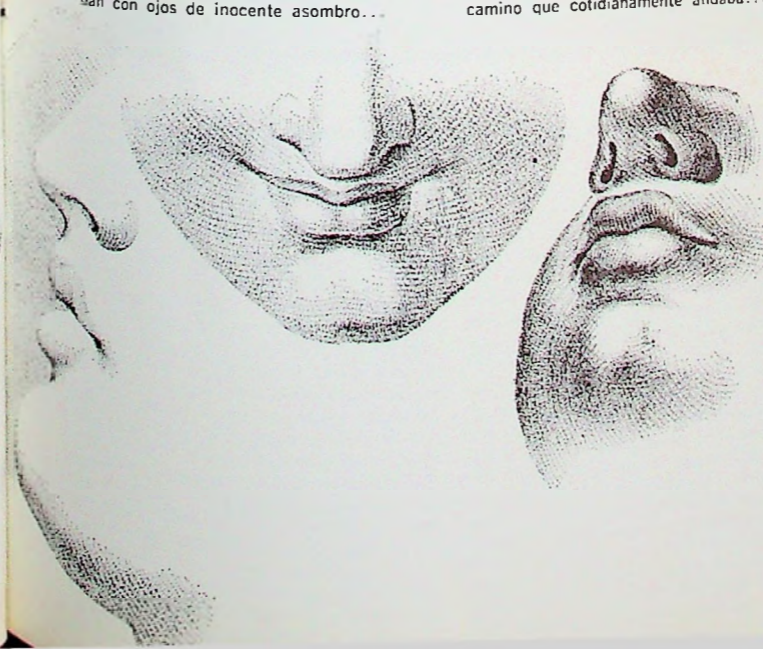
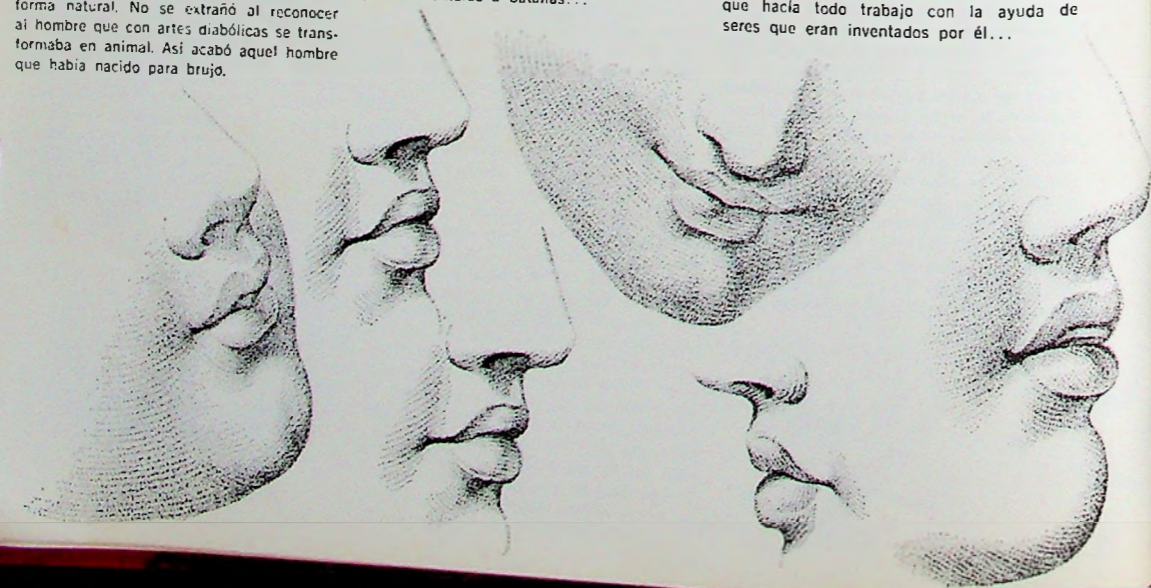
HABIA NACIDO PARA SER BRUJO. Desde pequeño le gustó el misterio y siempre anduvo solo. Adoraba las sombras de la noche y se metió en el monte como buscando algo en la profunda oscuridad. Se santiguaba con la mano izquierda. Nunca hizo el bien y gozaba viendo el mal. Cierta noche fue al camposanto. Después de profanar. Porque era «amapuchista». Tomaba formas de animales. Sucedió que un día transformado en tigre se encontró con un cazador. No tuvo tiempo de tomar su forma natural. El cazador hizo la señal de la cruz y le disparó al animal el cual se abatió mortalmente herido. El cazador tuvo el presentimiento. Con cautela se acercó al animal ya agonizante que con la muerte iba recobrando la forma natural. No se extrañó al reconocer al hombre que con artes diabólicas se transformaba en animal. Así acabó aquel hombre que había nacido para brujo.

CUENTA QUE UN DIA, un hombre ávido de saber cosas ocultas, tomó una cacerola con agua, una paleta y se metió en la oscura noche. Anduvo mucho, hasta llegar a la montaña. Allí hizo alto y se dispuso a lo que iba. Trazó un claro en el monte y prendió una fogata, poniendo en ella la cacerola. Al considerar que el agua estaba suficientemente hervida, agarró un gato y lo arrojó al líquido hirviendo. Entonces tomó la paleta y empezó a dar vueltas al animal dentro del recipiente. Y mientras lo hacía sonreía satisfecho. Pues consideraba que como aprendiz de brujo su debut había sido más que bueno. Incluso se había mostrado todo un valiente, no acusando miedo alguno. Ahora solamente esperaba que llegara Satanás con quien iba a conversar. No iba ahora a sentirse cobarde, estando a punto de lograr sus propósitos. En todo esto pensaba el hombre cuando oyó un espantoso grito que lo puso fuera de sí a pesar de ser tan animoso. Pero no perdió su presencia de ánimo y esperó a ver que sucedía. Recordó entonces las instrucciones. Al acercarse Satanás se dejarían oír tres sonoros gritos. Y nuevamente se dejó oír el segundo que decía claramente ADON... Entonces el hombre sintió un miedo atroz. Todo el brío que había demostrado desapareció. Y cuando por tercera vez se dejó oír el mismo tenebroso grito, ya no fue dueño de sí. Sintióse acometido de intenso terror ha emprendido terrible carrera. Tal hombre, ávido de saber cosas ocultas, no tuvo el valor necesario para enfrentarse a Satanás...

DICE SABER ACERCA DE EXTRAÑOS CASOS sobre los llamados «Musius Plens». Conoció a alguien que era «faculto» en estas cosas. Una vez se presentó a una plantación cacaotera cierto hombre. Venía en procura de trabajo. Habló con el mayoral y éste le entregó una plantilla de dos mil matas para limpiarlas. Se retiró el recién llegado hombre a trabajar. Pero en la tarde cuando regresó dio el motivo de la gran sorpresa en la plantación al decirle al mayoral que le indicara la tarea del día siguiente, pues la de ese día ya estaba terminada. ¿Cómo había sido posible tal cosa? Empezar y terminar en un día el trabajo que estaba calculado para cuatro... Es lo cierto que el desconocido hombre siguió en la plantación y todo cuanto trabajo le daban lo hacía el solo en un asombroso corto tiempo... Llegada la época de sembrar le dieron la tarea normal de mil plantas. Cuando terminó el trabajo total, casi la mitad del trasplante había sido hecho por aquel hombre... El desconocido e inquietante trabajador hacía su propia vida. Al amanecer, «entre dos luces», se iba a su trabajo para regresar casi oscureciendo, ya promediada la hora de la Oración. Extrañaba que siendo solo se abastecía siempre de abundante comitraje que muy pronto desaparecía... Y cuando la gente pasaba por donde aquel extraño trabajaba, percibían —aunque sin ver— misteriosos murmullos y voces producidas de la reunión de muchas personas... Es que aquel hombre era un «Musiu Plen». Es decir, que hacía todo trabajo con la ayuda de seres que eran inventados por él...

DICE HABER CONOCIDO un hombre que era temible cazador. Duro en el corazón y en la manera de ser. Entendido en los ocultos misterios del monte. Y contaba con facultades de brujo, porque tenía «libros malos». Gustaba de hacer malas pasadas a los mismos compañeros. Para sus rivales tenía malsanas intenciones. Era ducho en malograr los perros cazadores. A grandes voces amenazaba y le placía que le temieran. Era un «zamarro» de mala índole. Cuando encontraba una cacería con críos desataba sus instintos en una injusta carnicería. Había una parte de la montaña donde los demás cazadores no se atrevían a entrar porque le temían al cazador brujo. Un día uno se atrevió y se metió en aquel predio prohibido. Más le hubiera valido no hacerlo. Pues se perdió en aquel laberinto del monte, donde lo encontraron desfallecido después. Era que el otro cazador le había «amarrado los pasos» para que no saliera de la montaña. Pero tiempo después un sorprendente hecho ocurrió. Extrañados de que el brujo cazador tardara en regresar al vecindario, se interesaron por él y fueron a buscarle. Al entrar a la montaña quedaron maravillados al ver muchos, pero muchos animales juntos: acures, chácharos, dantas, lapas, cachicamos, venados... Y no menos maravillados quedaron al ver a un hombre que entregaba los últimos instantes de su vida: era el brujo cazador que moría estrangulado por las fiadas silvestres, mientras los animales miraban con ojos de inocente asombro...

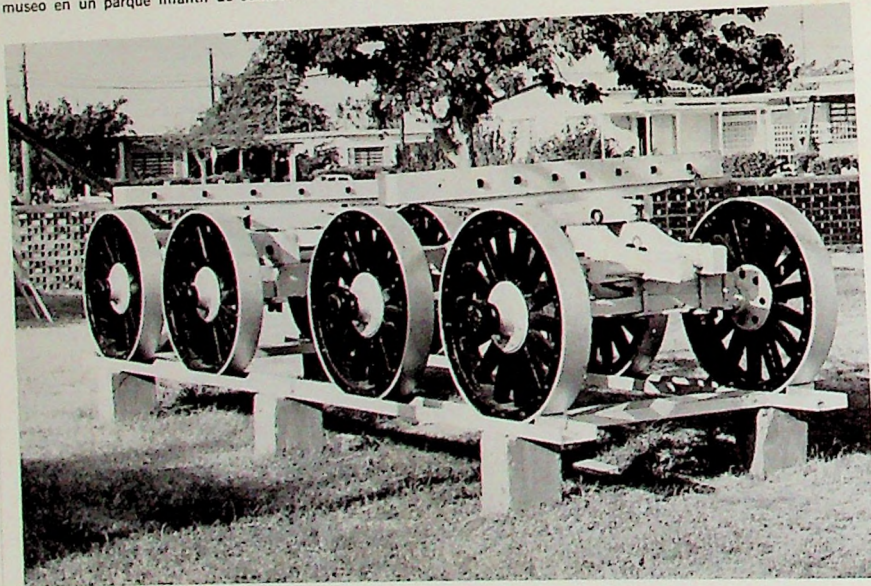
HACE REFERENCIA DE SABER que en las montañas se ocultan grandes misterios. No en vano las ha recorrido desde que era pequeño. Por ello cree en las extrañas influencias que ejercen las grandes profundidades del bosque donde los árboles mantienen encantados murmullos. Dice entonces que en las grandes serranías se experimentan situaciones sobrenaturales sólo percibibles a los entendidos conocedores de los secretos que la naturaleza guarda en las montañas. Ello es que una vez caminaba por el bosque en busca de una buena madera. Como era verano y no llevaba tapara con agua, procuró estar cerca de una quebrada que corría por aquellas inmediaciones. De pronto en la espesura del follaje vio un corpulento araguato. Estaba de espaldas, sentado en una gran piedra. El hombre contempló al animal quietamente. Y de pronto se abalanzó sobre el araguato con la intención de ultimarle con el machete. Con el ruido que se produjo se volvió el animal. Entonces el hombre notó —confuso y desconcertado— que aquel gran araguato lo miraba suplicante, casi humanamente, «como que le quería decir algo». Fue entonces cuando creyó percibir en forma telepática las palabras que parecían emanar de los grandes árboles traídas por el susurro del viento: «No lo mates... Que tus manos no sean nunca para el crimen...» Y cuando se repuso de la sorpresa producida por tan extraño caso, ya no se encontró en la montaña sino en el camino que cotidianamente andaba...



...con chinas primorosas y delicadas como el color de las manzanas...



La primera máquina traída por la industria petrolera al terminal de Carirubana en 1923. Tenía la denominación de Vagón Nº 1 y en ella se transportó gran parte del material para el Terminal de la Venezuelan Gulf en Las Piedras. Ahora es pieza de museo en un parque infantil de Judibana.



de Las Piedras el buque de la armada venezolana, General Rafael Urdaneta. En él llegó el Presidente López Contreras para cumplir su primera visita oficial a la península. La Mene Grande lo hizo huésped de su club, pero antes de que esto ocurriera le salió al encuentro la primera voz pública que pedía agua a través de unos altavoces. Era el maestro de la Escuela de la Unión de Marineros Petroleros, Luis Alberto Méndez, quien entre sus consignas repetía ésta: «Pueblo de Carirubana; aquí tienes al Presidente, pídele tus libertades ciudadanas». La gente de estos pueblos sentía más sed de agua que de libertades. La Guardia Presidencial trató de callar a Méndez, pero el Presidente ordenó que lo dejaran hablar. Más tarde cuando el mandatario llegó a la Escuela de Carirubana los alumnos lo esperaron con una cinta en el pecho que decía:

“Queremos Agua, General”.

Carirubana. Dentro del drama de la sequía es bueno referir esto. Una vez contrataron los servicios de una empresa perforadora de pozos para que abriera uno donde está ahora la barrida Caja de Agua. La perforación se hizo sin estudios y costó más de tres mil bolívares. Los que hacían el trabajo en vista de que habían fracasado resolvieron, a escondidas de sus clientes, inyectarle al pozo cierta cantidad de agua traída de El Taparo. La maniobra la hicieron de noche y al otro día dieron la noticia de que había aparecido el agua. El pueblo se volcó al lugar de la perforación para llenar todo tipo de envases. La gente corría por el lugar con los litros de agua abrazados como quien abraza a un niño. Le pagaron el trabajo a los perforadores, pero a los tres días no había ni una gota de agua en el pozo.

Los Marineros Petroleros

Carirubana fue poblada en gran parte por los marineros petroleros. En su mayoría eran

orientales pero casi todos los nativos aparecían como margariteños debido a la ignorancia que teníamos de nuestra geografía.

En este pueblo hay margariteños que llevan como sobrenombre el de su lugar de origen.

En los barcos llegaban cosas de todas partes y los marineros, primero que nadie, hablaban de los inventos de las máquinas traga níqueles que veían en el Norte. ¡En cuántas casas de Carirubana hallaremos aquellas fotografías que dicen: «El Icotea entrando a La Habana; el Apure en los diques de Nueva York!» Fue un pueblo de idilios marinos donde las novias identificaban a lo lejos el barco donde venía su amor ¡Qué placenteros para los marineros y sus novias aquellos viajes de tres días, tan buenos, para alargar los besos y para escoger el tamaño del retrato de la prometida que luego vendría ampliado de Nueva York! Los buques Paraguaná, Zapara, Cabimas, Toas, Acosta, Monagas, Catatumbo, Aragua, Bolívar, Apure, Perijá, Urdaneta, Sucre, Caroní y Páez,



El chivo es el que más soporta los prolongados veranos de Paraguaná, y cuando la escasez de lluvias se alarga, él mitiga su sed con la savia de los cardones, abiertos a machete por los criadores.

La arepa, pan cotidiano de los paraguaneros.



contribuyeron notablemente al desarrollo humano de Carirubana. Durante más de tres décadas sus tripulantes tuvieron contacto con la población, muchos se casaron aquí y levantaron familia.

Los marineros petroleros trajeron las primeras frutas exóticas al lugar. También traían del Norte almanaque con chinas primorosas y delicadas como el color de las manzanas que regalaban a las novias junto con la serenata y el beso febricitante de la prolongada ausencia.

Con los marineros llegaron asimismo los zapatos americanos, el jabón de olor, el casimir, el crepé, el charmé, las linternas, los sombreros arreglados a lo Gardel, las guitarras para el amor, el sindicato, la palabra comunismo que para entonces asustaba, los seretones, el beisbol, los periódicos, el primer periódico del pueblo, las celebraciones en honor a la Virgen del Valle, la música de viento que venía de Coro, el trompetista Arteaga que enardecía al pueblo con: «No sé mi negrita linda qué es lo que siento en el corazón»; que las muchachas parecían

contestarle a coro: «que ya ni como ni duermo sino pensando sólo en tu amor». Los barqueros nos trajeron por otra parte la Geografía de Venezuela y la Universal. A partir de la llegada de los primeros tanqueros comenzamos a saber donde estaban Maracaibo, Cabimas, Lagunillas, San Lorenzo, Puerto La Cruz, Caripito, etc. Cuando era una novedad viajar a Caracas, los marineros nos hablaban de San Pedro Matoris, de Puerto Rico, de Ciudad Trujillo, de su hambre de pan y de libertad, de Barahona, de La Romana, de Ponce, de Nassau, de Santiago de Cuba, de La Habana, de Nuevita, de Manzanillo y de Matanzas. Entre los primeros Capitanes de Bandera de la Gulf figuraron Joaquín Sulbarán, León Tiller, Jesús Romero, Ramón Arcia, Santiago Rodríguez, Juan Hernández, Edmundo Lares, Ignacio Zea, Rosendo Romero, Juan Suárez, Luis y Francisco Marcano, Juan Ordoñez, Pedro Zavala, Alejandro Weffer, Alberto González, Manuel López, Jesús Sotillo, Alejandro Lugo, Gregorio Montaña, Manuel Viña, Ernesto Moreno Tabora.

Se llamaban Capitanes de Bandera porque ellos representaban a bordo a Venezuela y además con su presencia la compañía cumplía con un requisito de las leyes del país. Durante la última Guerra Mundial las empresas petroleras se vieron en la necesidad de tecnificar su personal y es a partir de aquí que comienzan los estudios para oficiales, tanto de cubierta como de máquina.

Ricardo Rodríguez y Wenceslao Velasco (conocido como Venus Velasco) fueron Capitanes de Bandera en los buques de la Standard. El primero capitaneó al Creole Jefe en 1930 y el segundo lo hizo en la misma embarcación, pero en 1931. El Creole Jefe, Creole Bueno, Creole Lindo e Invercorrie pertenecían a esta empresa pero para aquellos años estuvieron al servicio de la Venezuelan Gulf.

Los primeros en recibir títulos de Capitanes de Altura mientras prestaban servicio a la Mene Grande Oil, fueron Juan de Dios Hernández y Rafael (Fucho) Bello.

OMAR VERA LOPEZ

«Compai, un boliva... Deme un boliva, compai!»

Un indio pequeño, sucio, cubierto con una camisa abierta hasta la cintura y unos pantalones rotos se acerca a nosotros. Tras él, con los pechos descubiertos, una india dormita con una niña en brazos. Desde la puerta del albergue indígena de Tucupita, previendo el negocio, ya se acercan dos, tres indios con una jaula de bejucos donde ensaya su tristeza de prisionero un hermoso moriche:

«Veinte boliva, compai, veinte boliva...»
Más allá está el río, imponente, indiferente casi. Acá, del lado del pueblo, una edificación trunca, una enorme mole de ladrillos, arcadas, columnas y contrafuertes ha perdido la pelea imposible con la maleza que trata de ahogarla. La Catedral de Tucupita, abandonada hace doce, quince años, monumento a la improvisación, áspero telón de fondo a la voz pedigüeña del indio que nos sigue:

«Un bolivita, compai...!»
Acabamos de llegar a la capital del Delta. Apenas hace unos minutos aterrizamos en el aeropuerto, un paño de sabana cubierto con asfalto y un edificio tristón y bajo delante del cual una carretilla llena de maletas espera el vuelo comercial que llegará dentro de poco. Tres veces a la semana, martes, jueves y sábado, el avión trae sabor de gran ciudad. El tabaco abandonado de un DC-3 limita el aeropuerto hacia allá, hacia el río. Subimos por la margen izquierda, aguas arriba, por un camino carretero lleno de huecos. A la derecha, a cada instante, en la vegetación que nos separa de

las aguas, se abre un cañadón que baja hacia el río. Siempre el río como señal, como norte, como punto de comparación, como bastión de esperanza.

Guara

Frente por frente a Tucupita está la isla de Guara. 23.000 hectáreas arrebatadas casi en su totalidad al río que las inundaba periódicamente. Formada por sabanas despejadas y ciénagas, Guara es una cuña entre los caños Mánamo y Guara, que comienza un poco más abajo de Carapal, donde el brazo Macareo disminuye su caudal y vira hacia la derecha convertido en caño Macareo para enfilarse resueltamente hacia la barra de Macareo y el mar.

Allí mismo, donde se abre Guara como una puerta al futuro del Delta, se construyó el dique que cierra y controla el volumen del Caño Mánamo. Otros diques marginales: Los Güires, Coporito - Boca de Macareo, Boca de Macareo - Vuelta de los Pollos, al contener el embate anual de las aguas del Orinoco, deltana, hasta la confluencia del Caño Mánamo rescatado 140.000 hectáreas de tierra namo con el río Morichal Largo por el noroeste y el arranque del Caño Cocuinita por el este. Son tierras formadas por una capa de materia orgánica descompuesta o turbales de excepcional fertilidad. Debajo de éstas, sin embargo, existe un lecho arcilloso de valor nutritivo prácticamente nulo lo cual hace imperativa la utilización racional que preserve su uso como recurso natural no renovable. Estos suelos orgánicos «no sólo son fácilmente destruíbles sino que a

la vez son particularmente exigentes para las labores de siembra a que deben ser sometidos. En el Delta se nos presenta su utilización extensiva como una novedad y por ello se requiere experimentación cuidadosa por algún tiempo antes de que puedan ser elaboradas las disposiciones y normas apropiadas para el caso». (Informe Anual. CVG. 1969).

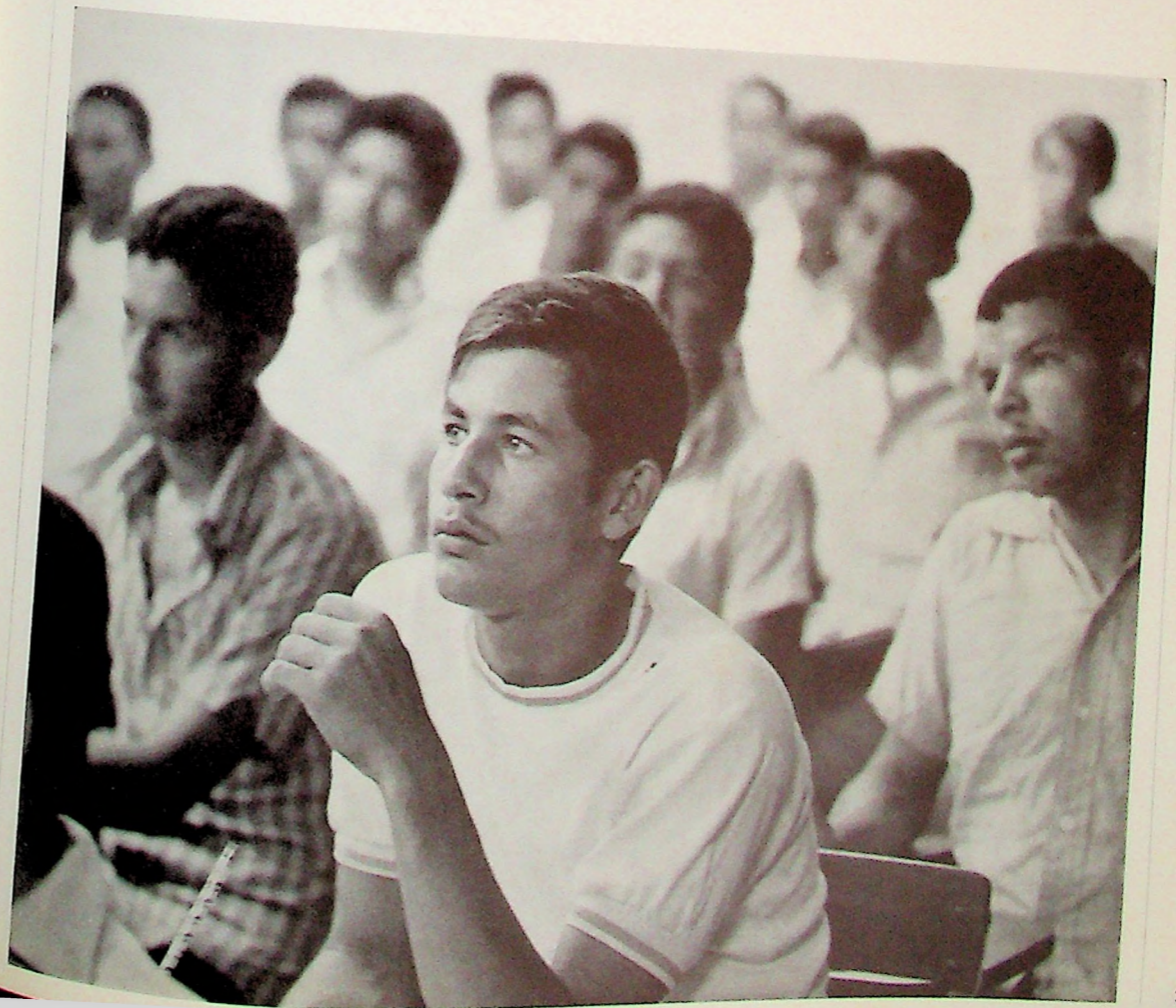
La isla de Guara, 23.000 hectáreas de las 140.000 rescatadas de las periódicas inundaciones del Orinoco, es el laboratorio donde se desarrolla una idea que se ha convertido en alentadora realidad: el Instituto de Formación Agropecuaria Delta.

Fábrica de hombres para el futuro

Completamente frente a Tucupita, escuchando por las noches el sonido de las rockolas, viendo durante el día el frente de sus casas blancas y azules, está el Instituto de Formación Agropecuaria Delta. Ocupa 1.087 hectáreas, más o menos el cinco por ciento de la superficie total de la isla, en una franja que va de orilla a orilla, con dos frentes sobre el propio Caño Mánamo. Sus instalaciones comprenden aulas y viviendas tanto de los alumnos como de los instructores, talleres, vaqueras, cochineras, galpones para conejos, gallinas, además de las construcciones y equipos necesarios para prestar los servicios de generación y distribución de electricidad, recolección y disposición de aguas negras, suministro de agua potable, despensa, cocina, comedores, sitios de recreación, dispensario médico, sala de proyección, etc.

GUARA: PUERTA ABIERTA HACIA EL FUTURO DEL DELTA







Actualmente, además del personal directivo y administrativo dirigido por sacerdotes capuchinos terciarios, existe un personal docente formado por dos coordinadores a nivel profesional y 19 instructores a nivel técnico, todos peritos agropecuarios que siguieron y aprobaron cursos de capacitación pedagógica dictados por el Instituto Nacional de Cooperación Educativa. Pero, antes de seguir adelante, es preciso satisfacer una pregunta. ¿Cómo nació este Instituto de Formación Agropecuaria?

La obligación de enseñar

La historia arranca con la aprobación del Programa Nacional de Aprendizaje que estableció, en 1965, las normas y condiciones bajo las cuales las empresas establecidas en el país debían cumplir con las obligaciones impuestas por la Ley que creó el Instituto Nacional de Cooperación Educativa, INCE. La industria petrolera estaba comprendida en el primer grupo de empresas llamadas a ejecutar este programa de capacitación de aprendices en el propio sitio de trabajo. El análisis concienzudo que se realizó en Creole sobre la mejor manera de cumplir con estas obligaciones legales arrojó el convencimiento de que no era recomendable realizar este aprendizaje en el ámbito de la industria petrolera. En efecto, el entrenamiento que se le podría dar a aprendices cuyo nivel inicial sería de sexto grado, produciría como resultado un egresado cuya preparación no llegaría, en ningún caso, a igualar a la de los peritos, técnicos industriales o tecnólogos formados en escuelas manteni-

das por el Estado que son la fuente normal de suministro de personal especializado. Asimismo el estudio de las necesidades inmediatas del país demostró que existía, y existe, un déficit de mano de obra calificada en el sector agropecuario. De allí que se propusiera al INCE un acuerdo mediante el cual la Empresa se comprometía a construir y mantener un instituto de formación agropecuaria con el fin de cumplir con la obligación legal contraída con el Instituto de acuerdo con el Programa Nacional de Aprendizaje.

La aprobación del INCE movilizó un eficiente mecanismo acostumbrado a encarar y resolver problemas de envergadura. Ya a esta altura del proyecto se habían sumado a él otras dos empresas petroleras: Mene Grande Oil Company y Grupo Texas.

La planificación previa tropezó con la falta de experiencia puesto que solamente existía en el país un instituto semejante al que se proponía: el Instituto Agrícola Experimental, en funcionamiento en San Carlos, Cojedes, bajo la administración del INCE, nacido por iniciativa del Dr. Carlos Lander M., director de Creole. Sin embargo se encomendó el trabajo de planificación a varios expertos señalándole los parámetros que iban a delimitar su labor: tipo de construcción apropiado a los fines del Instituto; bajo costo de mantenimiento; funcionalidad de sus dependencias; capacidad para 400 alumnos bajo régimen de internado, y residencias para profesores y personal administrativo.

El paso siguiente fue el de buscar el sitio apropiado para situar el Instituto. Comisionados de la Empresa originaria del proyecto

visitaron zonas de Apure, Yaracuy, Bolívar, Monagas, la isla de Margarita y el Territorio Federal Delta Amacuro. La Corporación de Guayana ofreció una alternativa; los terrenos del Hato Gil, frente a Puerto Ordaz, en el sitio donde están los históricos Conventos de Guayana o la isla Guara. El Hato Gil que está formado por pequeños paños de tierra con muchas piedras tenía poca utilidad para el proyecto. Además su cercanía a la zona industrial, con su inevitable contaminación ambiental, hacía inconveniente esa primera selección. Así que se eligió la Isla Guara, formada por los caños Mánamo y Guara, ubicada dentro de los límites del Distrito Sotillo del Estado Monagas y colocada directamente frente a la capital del Delta Amacuro.

La escogencia de la Isla Guara estuvo apuntalada por consideraciones de mucho peso. En primer lugar existían excelentes estudios de suelos hechos por la CVG. La región estaba incluida dentro de la primera fase del programa de recuperación de tierras del Delta motorizado por el Gobierno Nacional y en el cual se han hecho grandes inversiones. Además se pensó en la necesidad de preparara la mano de obra especializada que precisara el desarrollo del Delta, el cual de otra manera, al carecer del material humano «local», tendría que echar mano de recursos humanos venidos de otras zonas del país.

La selección de Guara solamente fue el primer paso. Al principio se desconocía quién o qué institución era propietaria de esas tierras que tradicionalmente estaban siendo utilizadas como campos de pastoreo cuando



Las aguas del Orinoco la dejaban libre. Las averiguaciones establecieron que la propiedad original había sido del General Juan Vicente Gómez y que pertenecían a la Nación, asignadas al Ministerio de Agricultura y Cría. Posteriormente pasaron a la CVG, organismo que, al final, donó el millar de hectáreas necesarias para instalar el Instituto.

El pensum de estudios fue objeto de atención especial. De acuerdo con el INCE se elaboró un programa teórico-práctico de tres años con un total de 5.670 horas de instrucción que incluye materias tales como cultivos generales, fruticultura, horticultura, pastos, forraje, ganado de carne, de leche, porcinoecnia, avicultura, cunicultura, maquinaria agrícola, taller rural, elaboración de productos. Y en el aspecto administrativo: cooperativismo, administración de fincas, programación y ventas. El aprendizaje se realiza a través de 90% de actividades prácticas y un 10% de enseñanza teórica. Se apunta hacia la formación de un pequeño empresario del campo, independiente, eficaz, técnicamente preparado y con una visión amplia de las necesidades que debe satisfacer.

La selección de aprendices sigue normas estrictas. La disciplina es severa pero los aprendices se someten a ella de buen grado.

Como condiciones generales para ingresar al Instituto, es preciso haber aprobado el sexto grado de primaria, tener entre 16 y 18 años de edad y vocación para la agricultura y la cría. El proceso de selección se lleva a cabo en todo el país, iniciándolo por medio

de un aviso que se publica en los diarios de mayor circulación en las zonas que se han considerado como posibles proveedoras de material humano interesado. En los diarios de Caracas, por supuesto, no se publica ese anuncio. Posteriormente se realiza una selección de las solicitudes recibidas y el lote de aspirantes seleccionados es objeto de una prueba a base de «tests» de conocimientos y aptitudes complementada por una entrevista personal.

Un año de experiencia

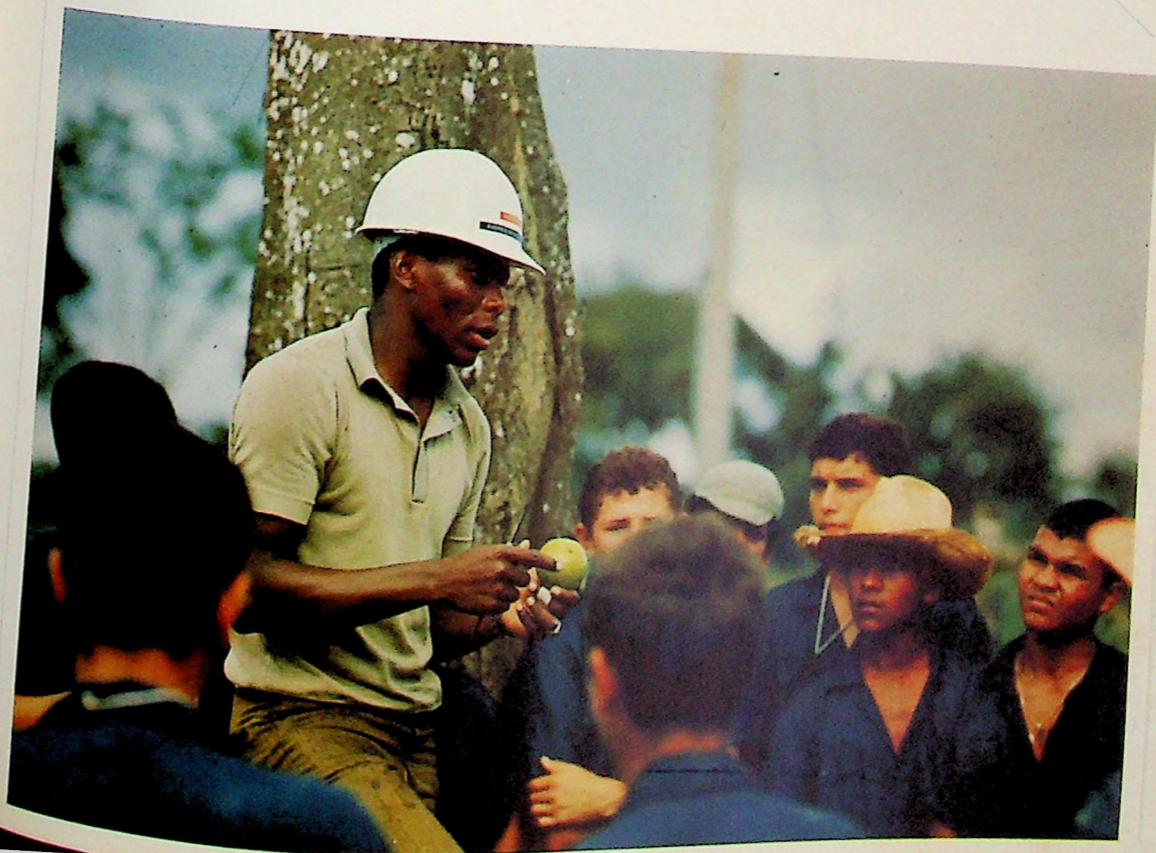
El Instituto es joven. Comenzó en agosto de 1970, o sea que en septiembre pasado, inició su segundo año escolar. Doscientos aspirantes ingresaron a primer año. Ciento quince pasaron a segundo año. Ya se camina con paso seguro hacia la meta señalada. De allí que nos dispongamos, con ánimo curioso, a recorrer el Instituto para recoger las impresiones personales de los actores en esta idea que se realiza sobre la marcha. Tras un breve paso en lancha, el embarcadero de Guara nos recibe. Una impresión muy breve de jóvenes en ropas de trabajo azules, un tractor que cruza un sembrado, edificaciones de aireados corredores bajo techo y las casas para huéspedes o personal docente si ese es el caso. Lluve. Es un aguacero violento y nutrido pero el cielo, al fondo, es claro y azul. Aparentemente llueve solamente sobre la isla. Desde la ventana de la casa de huéspedes se ve Tucuminares de su iglesia a la orilla del río. Todo alrededor es de un verdor exuberante.

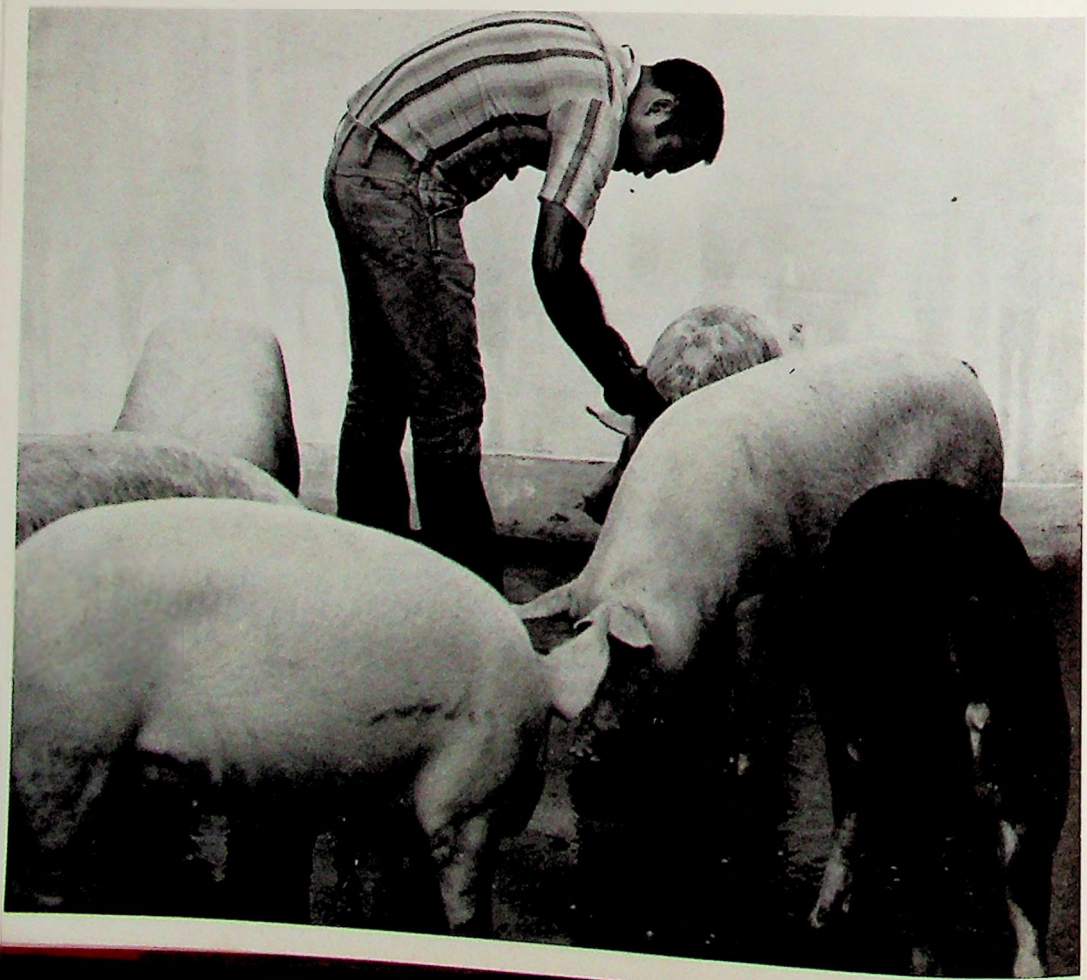
Los jóvenes, en sus bragas azules, caminan impasibles bajo la lluvia. A cuatrocientos metros apenas de Tucupita, hemos llegado a un mundo dinámico, donde se camina a encontrar el futuro.

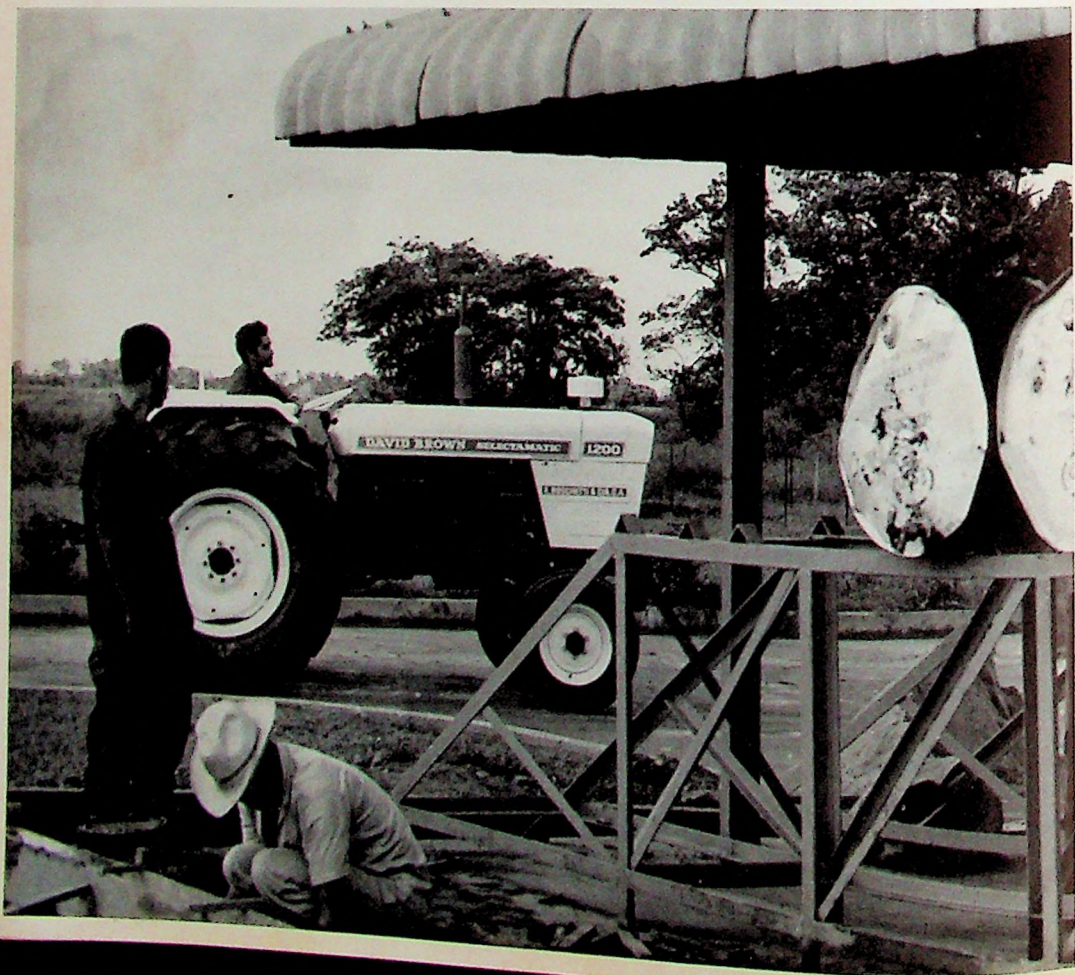
El excelente material humano

Eugenio Aristu es el director del Instituto. Había estado como director de la Ciudad de los Muchachos en Guaremas y luego, con el Consejo Venezolano del Niño, estuvo en establecimientos para niños con problemas de conducta, en San Fernando y San Felipe. Después fue a España y lo nombraron Provincial de la Orden. El Padre Eugenio es capuchino terciario, y su vocación lo trae irremisiblemente a Venezuela. Por eso declinó ese nombramiento que lo hacía primer dirigente de su Orden y pidió ser enviado a nuestro país. Y aquí está, prestado por algún tiempo, en el timón de una experiencia que puede ser básica en este empeño de recuperar el Delta.

Está Andrés Aponte, un negrito de Barlovento, con el caliente sol de su tierra quemándole el pelo ensortijado. Serio, poseído de su importancia, enumera los títulos que lo capacitan como instructor a tiempo completo: perito agropecuario, práctico agrícola cacaotero, elaborador de industrias lácteas, experto en fitopatología. Es profesor de fruticultura y tiene a su cargo un grupo de 25 aprendices de segundo año. Está Matilde Wellens, enfermera, rubia y sonriente. Un espíritu maternal y una capacidad de trabajo al servicio de una profesión noble. Maneja el dispensario, dispone de









Las ilustraciones de este artículo, algunos de los muchos cuadros que de su compañera pintó Reverón, acompañan en su melancolía los recuerdos de Juanita, inmortalizada por él.

ITAMAR MARTINEZ

JUANITA MOTA: LA

Difícil es intentar mover las secretas energías que animan el alma humana, rodeada en su oscura vibración de dudas y silencio.

La voz es el eco de nuestras íntimas heridas, nos revela limpia y sin artificio lo que alimenta nuestra mente de evasivas transparencias.

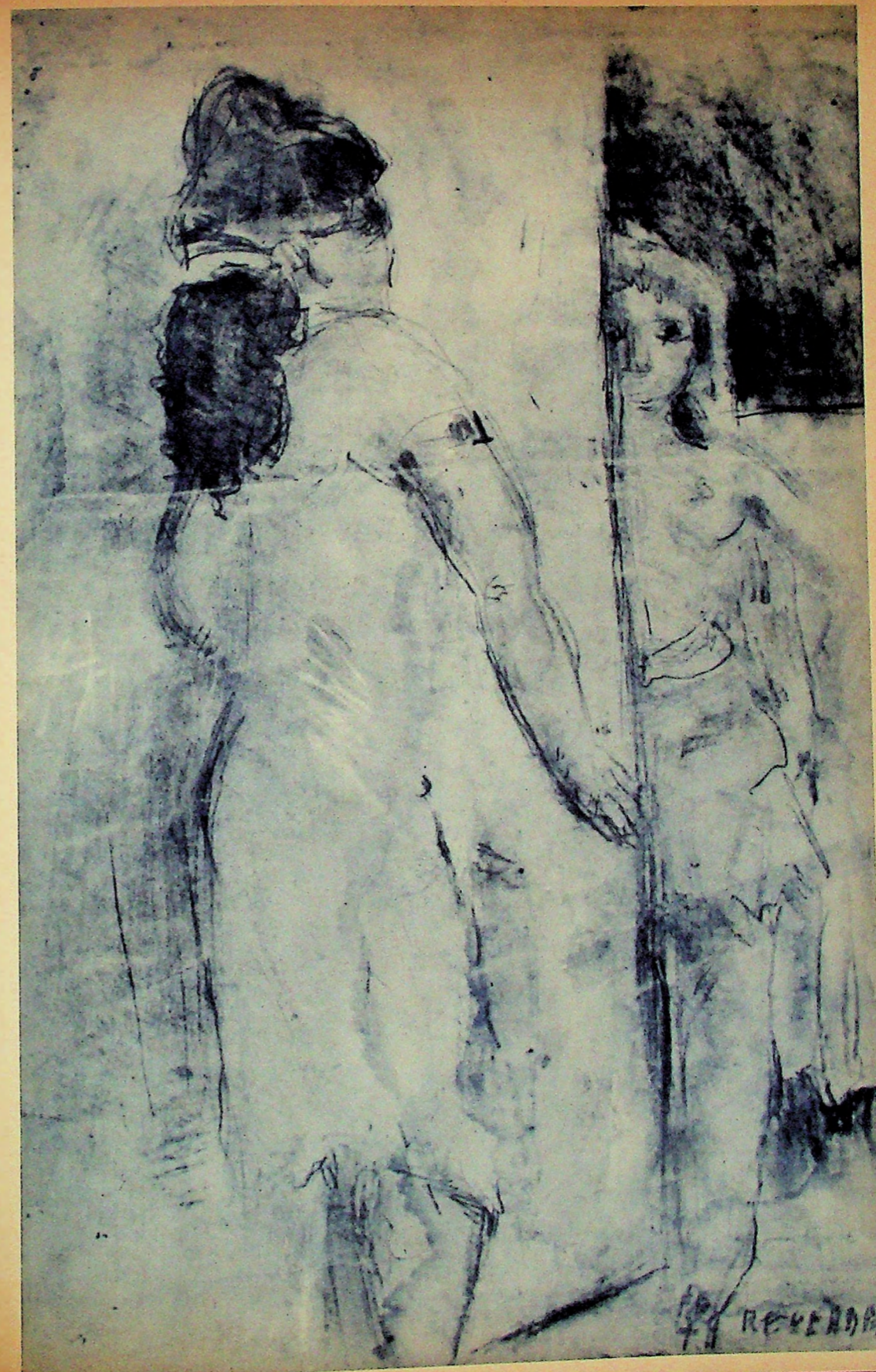
Oír hablar a Juanita Reverón, en estos días de este año, nos deja en la memoria interrogantes graves. Aquella Juanita que había visitado en otras ocasiones, estaba en los mismos límites físicos, la acogedora atmósfera del Castillete de Macuto, templo de los ritos reveronianos, especie de retiro conventual; sentada en su mueble rojo, rodeada de sus matas, de sus gallinas, de sus canarios, de su mono y de su gran soledad, esa que ya parece vencerla pero que al final ha sido la más honesta, la más fiel, la más verdadera.

MUÑECA DE REVERON

—... Hace tantos años, imagínese usted. Yo era una pavita, porque tenía catorce años; yo lo recuerdo como si lo estuviera viendo en ese instante... Cuando yo conocí a Armando estaba aquí en La Guaira, nosotros vinimos aquí de Caracas, tres muchachas vinimos y resulta que llegamos a esos hotelitos baratos y nos alquilaron un cuarto para nosotras tres. Ahí comíamos y todo, y que sé yo. Era tiempo de carnaval. Las muchachas vinieron pa'darse unos bañitos en el mar, pero como yo he tenido un carácter así tímido toda la vida, yo les dije, aayy... En el día andaban con un disfraz, en una carreta corriendo y abría unas alas así, vestido ¿cómo se llama? de murciélago. El se abría así y yo decía, aayy Dios mío, es la muerte —decía yo— y como él era pintor se pintó todo y cuando abría era el esqueleto de la muerte, y él se veía, ay, Dios mío, y andaba solo brincando en su carreta. Bueno, entonces en la tarde dicen las muchachas —vamos pa'la plaza a ver el Carnaval, pero no tenemos con qué disfrazar a Juanita, ellas se disfrazaron de mamarracho, de negra, que sé yo, y a mí me pusieron un disfracito, un dominó con una capucha y unos guantecitos y todo. Bueno, entonces nos fuimos a la plaza, al llegar a la plaza nos sentamos allí, estaba la plaza enfrente al mercado viejo de La Guaira, la Plaza Vargas. Estaban tocando "El bojote", y había de moda ese valse que llaman "El bojote", "ahí va el bojote", esa era la moda, "el cura de San Juan de Dios", yo no sé qué cosa, "ahí va el bojote"; esa es la música que había, estaban estrenando eso. Bueno, nosotras estábamos sentadas. Entonces viene un torero vestido como acabado de venir de España, igualito vestido de España, de... cordobés, con su sombrero de cordobés, su crespo, que se ponen así su cosa y sus zapatos negros, pantalón negro, esa faja roja que se ponen los cordobeses que se ajustan desde abajo hasta arriba ¿no? Una faja que era así y se enrollaba toda hasta acá, quedaba así chiflaíto y encima tenía su chaqueta, que llaman guayabera, una chaqueta cruda, cortica y su cosa para meter sus cosas; y entonces estaba haciendo apuntes con un lápiz haciendo cosas así; entonces vienen los jóvenes y se ponen a bailar y entonces me dice él —y usted no baila?



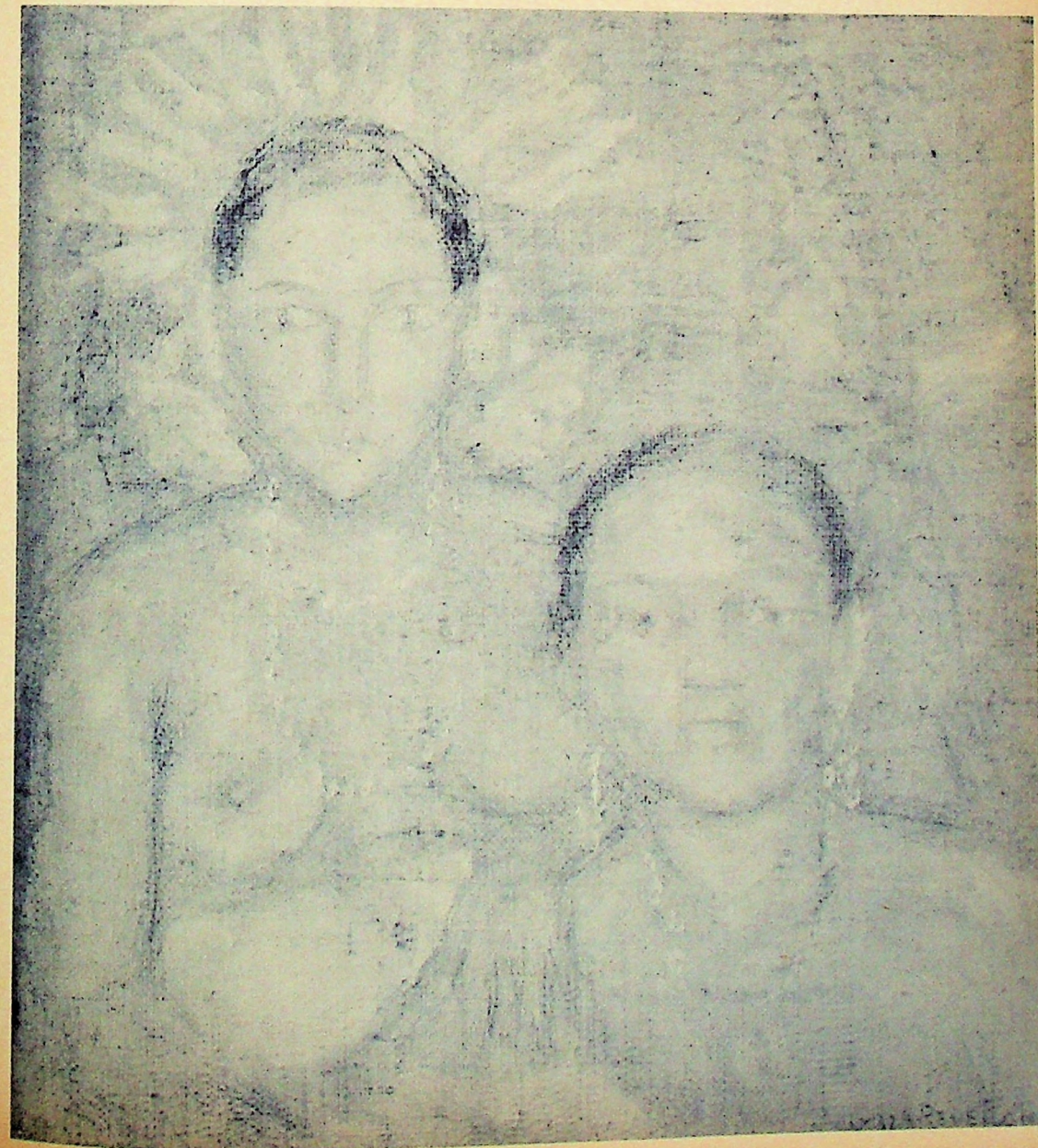
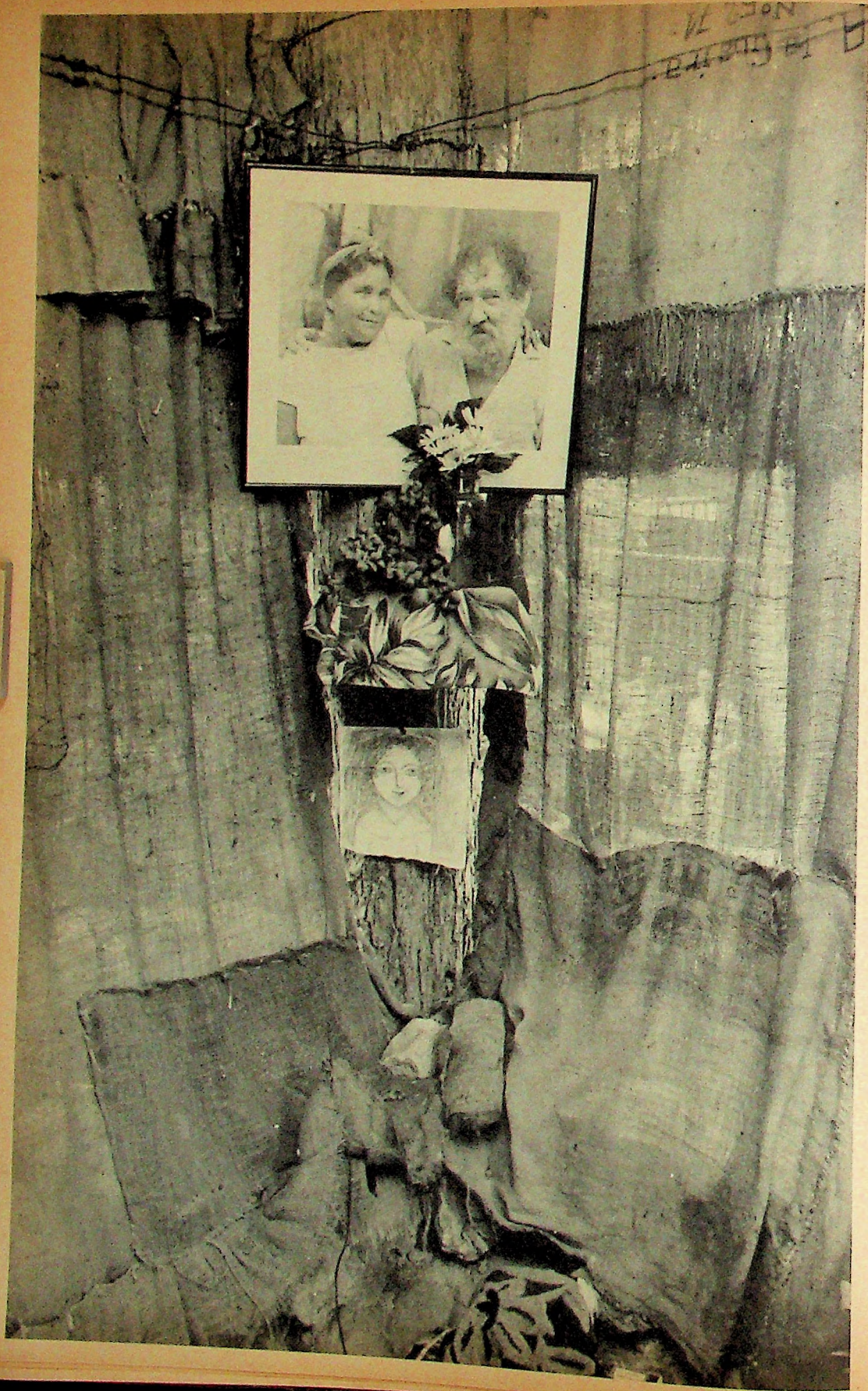
—y yo, no señor, yo no sé bailá —y cómo no va a saber bailá? —no, yo no sé bailar; verdaderamente no sabía nada, no sabía bailar; pues me hala y dio media vuelta; cuando dio media vuelta yo me marié —aay señor, haga el favor de sentarme porque me mareo, me marié la cabeza y me senté, pero como el banco estaba desocupado, así, yo me senté y él se sentó así, al lado, a copiar, a hacer sus copias, entonces me dice —usted nunca ha posado? —quién, yo? no señor, yo no sé cocinar —dije yo— yo nunca he cocinado, le dije —pero si no es cocinar, es posar —ayy, yo no se —posar es una cosa y posada es otra, me decía él. Bueno, no sabe que entonces se pone a hacer una muñeca, esa muñeca la ponía acostada, la ponía inclinada, la ponía sentada, la ponía de todas formas, después hizo una virgen con su corona y su niño y todo. Entoces me dijo, “mire, esto es lo que es posar, si usted va a posar pa’ un pintor, ese pintor hace con esa muñeca lo que quiere”. Aah, yo no sabía, yo no sabía, yo pensaba que cocinar y lo que usted me decía... bueno, entonces ya yo sé que con esa muchacha él hacía todo, la sentaba, la recostaba, le hacía todo. Entonces, él... estamos descansando, entonces pega... se sienta, entonces me dice, dice él, qué linda! vamos a... vamos a verle las manos, entonces yo le digo, esa mano no, no, y... me arrancó los guantes y me vio las manos. Ayy, pero que manos tan lindas tiene, preciosas tiene esas manos, las tiene como para pintar una virgen. Yo las tenía llenitas, como soy de mano chiquita, las tenía en ese entonces, llenitas, que eran unos bollitos; entonces, unas manos muy bonitas, pero no me hacía nada tampoco, entonces dice —bueno, vamos a verle la cara ahora, enséñeme la cara —digo— no, eso si no se lo enseño yo, la cara, le decía yo —hizo raasqui y me arrancó. Aay, pero que bonita eres, me dice él, tienes una cara linda, y yo la tenía como si me habían dado una cachetada así en la cara, rosada, rosada natural. Tenía aquella cara redonda, gordita y todo, estaba toda peinada de crespo, pero como estaba tapada con el guante no se veía. Estaba peinada de crespo y todo; entonces siguió conversando, muchachas, bueno, nos vamos ya porque es tarde, mañana tenemos que irnos para Caracas. Entonces él nos acompañó hasta la puerta del hotel. Entonces dijo, bueno, algún día que yo la necesite yo la puedo buscar, mi mamá vive más abajo, yo me crié en El Mamey, yo me crié ahí... allí en El Mamey, mi mamá vive más abajo, cuando usted la necesite y usted quiere ir, va pa’llá, la señora Reverón. —Reverón era ella, la mamá. Bueno, da la casualidad que un día por cierto, dije —me voy a ir, me voy pa’llá. Cojí, me levanté, me fui callá— el Colegio Michelena. Bueno, cogí y me fui y cuando llegué allá, entonces Misis Aurora lo llamó: Bueno Armanmamá —yo me acuerdo de esas palabras como si la estuviera diciendo aquí—, dijo: bueno mamá, si usted no me quiere a esta muchacha no me quiere a mí tampoco, le dijo él; si usted no me la quiere a ella no me quiere a mí tampoco; entonces dijo ella: no hijo, como no, yo la voy a querer, basta que yo sea una persona enferma que no pueda atenderte, ni entiendo de esas cuestiones de arte ni nada, tú necesitas una gente que te ayude, como no, para mí es otra hija —dice ella. En fin... y entonces se quedó. Entonces esa noche yo dormí con la señora, me puso en la cama de ella, dormí con ella, él durmió por allá por el comedor, con una cama, varias cosas, me enseñó a hacer consomé, a hacer arroz y hacer esto, a hacer lo otro hasta que yo aprendí a hacer las cosas. Bueno, ya yo sabía hacer la comida de ella, la de Armando y la mía, y así hasta el final, y conmigo un año por la cuaresma antes que fuera peligro de muerte, y así, él era así, casi un santo, un santo

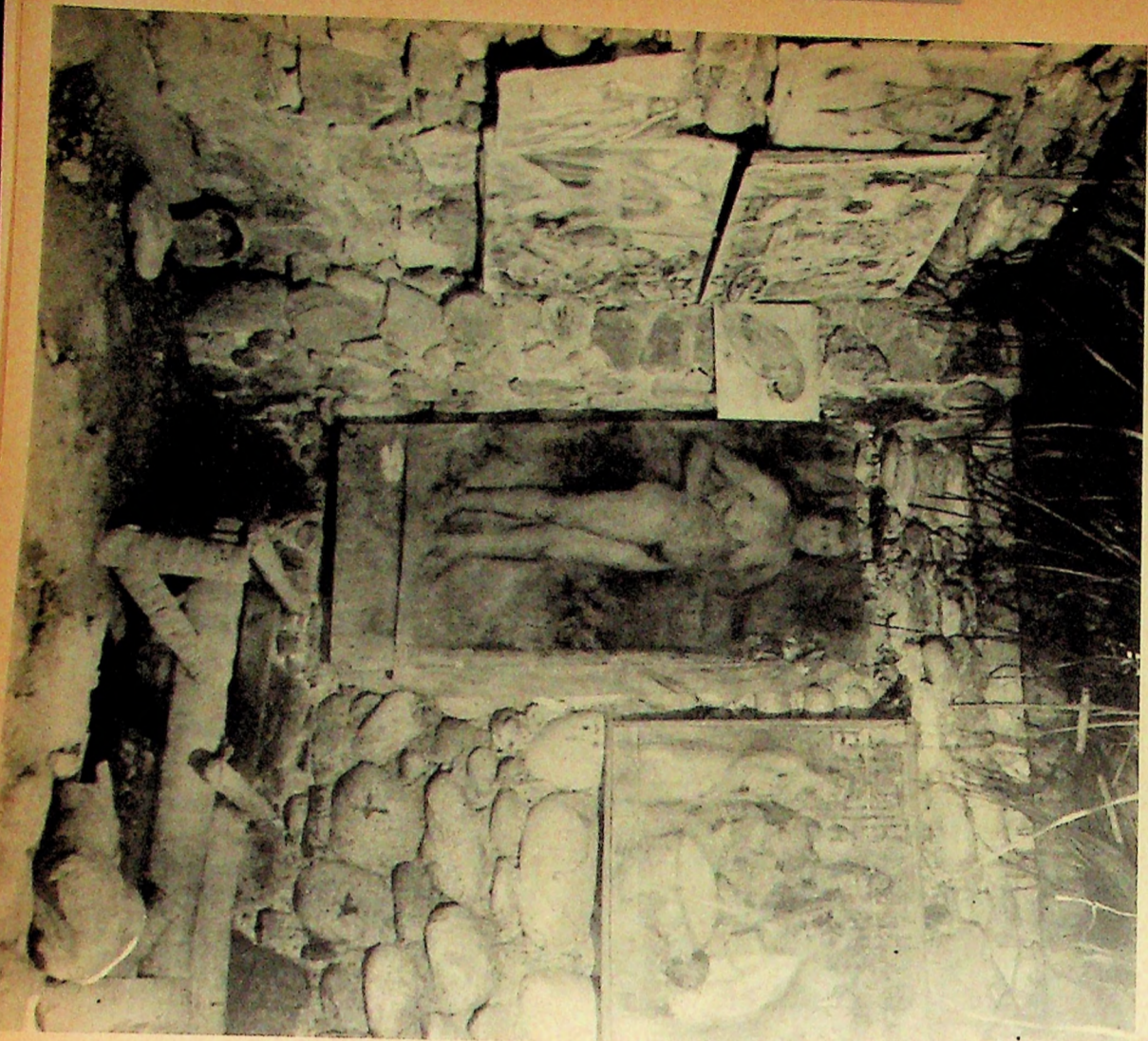


parao, un santo que andaba así, pendiente del arte y pendiente de todo; él no se ocupaba de nadie y de nada, yo sé que no tuvo hijos por la calle ni tuvo nada. El se fue para Europa y vino, y su trabajo, y ya está. No, no, no... no, él de lo único que se ocupaba era de su arte, por ahí andábamos nosotros, a veces que yo me levantaba y me decía: "Juanita, hay un paisaje que está muy lejos y hay que irnos temprano", y amanecía- mos, porque él se levantaba de noche a ver los amaneceres. El decía, "hoy nos vamos temprano a pintar los amaneceres". Aay, a veces que a las tres andaba yo por ese camino, con toda esa corotera en la cabeza. Mu- chas veces pasaba el día por la playa, calentaba la comida, la llevaba hecha y la calentaba por allá, y así; des- pués venía aquí, que este lugar era seco, no había agua, tenía que ir a buscar una lata de agua para hacer la comida. Uhm... llevaba una vida de broma, porque antes no había vehículos ni había nada, sino los de Gómez cuando venía pa' Camurí, más nada es lo que había; no había sino carritos y burros. Todo ese ca- mino me lo pegaba yo a pie. Ah... eso es lo que no ve la gente que cree... nooh, que va, yo tengo que cogé algo por eso... Que los santos tienen que taparse en vez de estar con la gente, decía, y dicen santos de abajo. Ahí tengo a Sor Teresa... El piano está allá, porque el piano es... ese piano es una caja, no, una caja de guardar cuadros, pero él entonces le puso una cosa, le puso así, cómo para poner velas, pa' las muñecas y una especie de teclas, pero como yo estaba por allá año y pico, todo eso lo cogieron y lo botaron. Ellos se metían ahí, como eso no tiene candado, porque yo pongo los candados y después se pierden, vamos a ver cuando compo- nen eso... —Una corona que hizo pintar y le hizo una cadena a San Francisco. En esos días que él fue al Sanatorio, me dijo, ay Juanita, me vas a comprar una sábana verde y unos cordones amarillos, imitando oro, porque él quería una camisa del Nazareno. En esos días se fue al Sanatorio, se lo llevaron. En la pierna pa' hacer ejercicio se daba con unas piedras, se daba así con las piedras, pero eso lo acabó a él mucho, si él no hubiera hecho esos ejercicios así, ahí estuviera Armando pintando. Armando no te hagas así, aay, Armando eso no lo sientes ahorita pero con el tiempo lo vas a sentir, se daba así con las piedras, duro, así. Usted sabe lo que pasa que como la abuela de él era sanfranciscana. A veces se daba golpes duros, ella era religiosa, era sanfranciscana. Por supuesto, parece que él tomó esa cuestión así. Eso se llama azotarse uno mismo. A veces eran las cuatro de la tarde y estaba rezando ahí. Se paraba a rezar, a veces salía pa' fuera.

—Ahora, ahora es que yo quiero estar bien, porque después que me muera para qué tantas cosas, que si ésta fue la modelo de Armando, que si ésto fue de Armando, para después que uno se muera, para qué quiero yo eso. Después estoy vuelta tierra, yo lo siento ahora; pa' que compre un remedio, una cinta, una cosa, después que uno se muere para qué tanta cosa, para que necesita Armando tanta varilla hoy, tanto nombramiento, cuando él estaba aquí a veces no teníamos un cigarro, no tenía Armando un cigarro que fumar. Uhm, a veces que no teníamos sino un real, uhm... pero la comida estaba tan barata, cuando Gómez, y él era un hombre que aprendió a comer de todo. Me dan mis centavos y yo cojo y me voy por ahí, para San Casimiro, para Margarita, para Carúpano, p'el Carnaval de Carúpano, para todo eso, siquiera, aunque no me mueva, a ver las cositas así, después que me muera pa' qué, no hombre, lo envuelven en un fardo, abren el hueco y me meten, ya está, como antiguamente, dos hombres lo llevan en un bambú guindando; tú no has visto esos entierros, yo sí los he visto, ni tú ni nadie los ha visto, después que uno se muera no vale nada, lo envuelven en un colete y me llevan y me meten en la tierra y abren el hueco y me meten, pa' qué urnas y tanto lujo, pa' qué; todo pa' que la gente vea, un lujo... se hace un entierro antiguo y ya está. El entierro antiguo... cogían y cortaban un bambú largo y cogían y compraban una coleta nueva, del tamaño del muerto, cogían y com- praban unos mecate. Cogían el muerto y lo metían en el cinto. Entonces cogían dos hombres, uno por una puita y otro por otra punta y se lo llevaban. Iban varios, porque iban renovándose. Después abrían el hueco y ahí lo metían, le echaban bastante tierra y ya está. Y así fue enterrada mi mamá, como le estoy diciendo yo, a mi mamá la metieron en un colete, la llevaron y así... y allá está ella, Dios la tenga en descanso, en San Casimiro.











—El último cuadro que él pintó conmigo, era un cuadro grande como de dos metros, tamaño natural; ese último cuadro lo tiene la Reina de Holanda. Aquí vino un petrolero, ay, a mí me gusta mucho ese cuadro, pero no tengo real ahorita, pero como Armando era una persona popular, bueno —dijo él— eso no importa, entonces me lo llevo y a mitad de semana te mando los reales, por la mar. Entonces él se llevó su cuadro, y a mitad de semana mandó los reales. Ese cuadro lo tiene la Reina de Holanda, desde entonces no pintó más conmigo, porque ya —dijo— que yo tenía las canillas ya maduras, y no me podía pintar más. El ponía otro modelo y siempre salía yo.

—Acostada, como en una especie de sofá que él me hizo. Allá está uno que llaman la "Cuevita", en la "Cuevita" están dos muchachas. Yo, yo soy la de abajo, la que tiene la chaqueta roja y una media falda, así como de raso, y la chaqueta es una chaqueta que él mismo me hizo, una chaqueta roja... El me cosía mi ropa a mí, él era el que me cosía a mí, la ropa de antes me la cosía y cuando venía, bueno, vamos a mandarte a hacer este traje, pero tienes que informarte cuánto te van a cobrar, cuanto te van a llevar por el vestido. Ay, Armando, —no, yo quiero saber cuánto te van a cobrar por ese vestido, porque si te cobran cien pesos, entonces tengo que pagarlos, y así no. Ya va, vamos a hacerle un vestido ya, uhmm, me quitaba toda la ropa, me dejaba desnudita en pelota. Entonces cogía, tenía una caja con alfileres y agujas, hilo, y botón y todo. Cogía, ras... y me medía. Hacía así, marcaba con unos alfileres y así iba cogiendo tela y marcando. Hacía el vestido, así, de marcado; y hacía los lados y después daba el corte aquí, cortaba aquí y aquí, y después que tenía todo así marcado, como con alambre, ya en la tarde tenía el vestido hecho. El me hizo un vestido negro, la cosa más linda mi vestido, me hizo la falda ajustadita y después me hizo una cota, puesta encima con una chorrera de botoncitos como de oro, así y otros así, me quedaba mi saquito encima. El me cosía la ropa a mí, él cosía, no ve que él le hacía la ropa a las muñecas y todo, porque la que lo crió a él, la señora Bustillo, lo enseñó a coser. A mí me decían: ¿dónde está Armando? —mírenlo donde está, cosiendo. Y él le cosía las ropas a las muñecas, él las peinaba, les ponía ojos, de todo hacía él.

—Compramos un rancho en treinta pesos, que vienen siendo doscientos bolívares, y entonces, Armando decía, a mí me gusta pa'ca arriba, porque no hay tanta tierra pa' los cuadros como abajo, y entonces hablamos con él, el señor Andrés Reyes, que era el dueño de esto. Porque no es del Gobierno, esto es particular, bueno, entonces nos salió el terreno a razón de a bolívar, búsquelo ahora a bolívar. Vaya, búsquelo, a bolívar ahora, hay veintiséis por veintiséis, y después que lo midió la Gobernación ha salido más terreno...

—Mira, óyeme, para decirte francamente yo andaba libremente con Armando, como hermanos, como un par de hermanos andábamos nosotros, comprendes, y entonces él se casó conmigo por la iglesia y el civil. Cuando se casó la mamá de ella, comprendes, que por cierto ella me regaló una botella de champaña. La edad que tiene ella tengo yo casada por la iglesia y el civil con Armando, comprendes, la edad de ella. El día que ella se casó fue que me regaló Alicia la sidra.



La salud se quiebra, ida, como en fuga; grave ha visto el destino a la dulce Juanita, a la que Reverón cotidianamente comparaba con la Virgen, su compañera elegida por su sencillez y candor, por su pureza y mística fidelidad. Esa Juanita se está borrando, como si Reverón desde ninguna parte la frotara en un lienzo de luz; ya casi no vive en lo material, declina la fuerza, marchita lentamente la muñeca de Reverón. Oír su voz clara nos revela palabras que nos dejan sentir la honda tristeza que la habita, casi con amargura habla de quienes mezquinamente le han roto sueños y alegrías con promesas y mentiras de matices diversos. Sólo el recuerdo de su Armando Reverón le devuelve un poco de fe en la existencia, detiene la palabra como queriendo retroceder en el tiempo a la voz y sonido de Reverón; exclama en momentos —oigo como si Armando me lo dijera en este instante—. Sin duda esto le da un ánimo interior, tan íntimo que se queda lentamente en su voz, en su memoria. Ella me ha hablado de Reverón cosas que otros han oído, que otros han escrito, pero éstas están llenas de una extraña y tierna melancolía, como si quien las contara habitara en la gravedad sin límites de lo eterno.



Por caminos, hechos por las lapas, entre rocas y breñales...

Valerio Gutiérrez señala el trazo que siguió el acueducto.

Muchos años languideció Lagunillas de Mérida en espera del agua. Razones técnicas se oponían al deseo de quienes intentaron realizar la hazaña. Hasta que el corazón de un hombre del pueblo avasalló la barrera técnica... y el agua llegó a Lagunillas.



Valerio Gutiérrez, héroe de esta narración, rasgos indígenas, padre de ocho hijos, 59 años, bonachón y apacible, hace treinta años tuvo un sueño. Se le apareció un caballero de aspecto muy serio, jinete en un caballo blanco, sombrero de anchas alas, vestido de bronce, que le invitó a dar un paseo para mostrarle un tesoro. Lo condujo por desfiladeros, lo pasó sobre el río Chama a través de la cabuya de Narciso Quintero y

lo llevó por una intrincada cadena de canchilones y rocas casi inaccesibles, donde pocas plantas humanas han hollado, hasta un laberinto, en la margen izquierda de la quebrada La Vizcaína. Una vez allí, señalándole el torrente salvaje y maravilloso de las aguas, le dijo: «Ahí hay un tesoro». Después lo condujo de regreso a su casa y desapareció. Para esta fecha Valerio era joven pero no

por eso dejaba de ser serio. Meditaba en lo que habla soñado y a veces se atrevía a contárselo a alguien para obtener siempre la misma respuesta desalentadora: «Si los ingenieros, que son los que saben de estas cosas, han dicho que es imposible traer el agua a Lagunillas... ¿cómo podrías hacerlo tú?». Valerio, empecinado seguía acariciando su sueño hasta que un buen día acompañado de su espíritu atrevido, emprendió la

El agua trajo hermosos tomates...



Repollitos de seis kilos...

tarea de escalar los farallones impertérritos y solitarios hasta el sitio donde el caballero vestido de bronce le habla señalado el tesoro. En la maravillosa contemplación de la Madre Naturaleza y en un momento de verdadera alucinación llegó a la conclusión de que estaba predestinado para llevar el agua a la población. Pasaban los días, los meses, los años y Valerio

iba ahorrando algo de lo que no le sobraba pues tenía que sostener y educar su prole. Varias veces volvió a La Vizcaína para contemplar los cerros donde sólo se atreven los lagartos y serpientes para meditar en su proyecto de llevar el agua hasta el pueblo.

El doctor Gutiérrez

Para la fecha en que vamos a hacer referen-

cia ya Valerio, con el producto de sus ahorros habla adquirido un pequeño terreno en la margen derecha del Chama, más arriba del sitio denominado Puente Real donde tenía de vecino al Dr. Gutiérrez, abogado, dueño de casi todos los terrenos de ambas márgenes del río. Valerio solicitó permiso para pasar «su tubería» por los terrenos de su vecino pero solamente obtuvo por respuesta la misma de siempre: «No seas necio



Valerio frente al primer tanque de almacenamiento.

Amarrados con mecates bajaron por los desfiladeros...

e ignorante. Hasta en la misma Universidad, después de muchos estudios, han llegado a la conclusión de que no se puede hacer nada salvo a costa de la inversión de muchos millones». Y concluía el abogado: «Además... ¿con qué dinero vas a acometer tal empresa?». Sin embargo, más tarde, el Dr. Gutiérrez necesitó los servicios de Valerio. En las márgenes del río se estaban perdiendo las cañas

que con dispendiosa fatiga habían sembrado los rústicos aparceros, por lo cual llamó a Valerio para que se hiciera cargo de la tarea de organizar todo lo concerniente al proceso de molienda de dicho plantío. A pesar de que el indio se negó alegando que no estaba capacitado para esa labor, el dueño insistió, haciendo presión incluso a través de terceras personas que tenían ascendiente sobre Valerio.

Al final Valerio aceptó. Las condiciones eran de repartir el producto una vez deducidos los gastos. Es de advertir que esta labor, hasta ese día, habla acusado siempre pérdidas pero, para sorpresa del Dr. Gutiérrez, en esta ocasión dio halagadoras ganancias. Al concluir el trabajo Valerio entregó al dueño novecientos bolívars que, de acuerdo a lo convenido se dividieron en dos partes

Una patilla de trece kilos...



Valerio Gutiérrez. Al fondo su yerno Julio Enrique Garrido.



de 450 bolívares. Al recibir su parte, Valerio, con su acostumbrado respeto, solicitó de nuevo el permiso para pasar la tubería por las tierras de su vecino. Este moviendo la cabeza, con aire de incredulidad, le dijo: «Bueno, si eso es lo que quieres, puedes proceder... Pasa el agua».

Valerio, con la malicia del indio, respondió: «No, mi doctor, así de boca no». Y extrayen-

do un legajo de papeles sellados donde describía perfectamente el derecho solicitado, concluyó: «Firme aquí».

Lo demás era trabajo

Lo demás era enfrentarse a escarpadas laderas y canchilones sin cuento donde sólo campea el cardón, la guazábara y los gavilanes. Después de convencer a sus hijos que

también dudaban tuvo que luchar para conseguir otros colaboradores: Zacarías Valera, Claudio Rondón, Esteban Avila, Analio Márquez. Ellos y sus hijos, Paz y Silvio, dieron comienzo a la gigantesca labor el 13 de agosto de 1971. Dos meses y medio después llegaba el agua a Lagunillas traída por un indio, un hombre ejemplo, un buen hijo de Venezuela. Valerio Gutiérrez.



Duke Ellington visitó la ciudad de Caracas el 30 de noviembre, el 1 y 2 de diciembre de 1971. Venía cumpliendo con sus músicos una gira por diferentes países, auspiciada por el Departamento de Estado de los Estados Unidos. Aficionados al jazz, como somos, nos apresuramos a reseñar en revistas y periódicos de Caracas y la provincia la significación de su presencia entre nosotros. El hecho de que residamos en Judibana, Estado Falcón, a 600 kilómetros de distancia del lugar donde se presentaría Ellington, no fue obstáculo que nos impidiera asistir a uno de sus conciertos. Vimos a Ellington el 1 de diciembre en el Teatro Municipal de Caracas. He aquí, resumidas, nuestras apreciaciones sobre su personalidad dignamente espectacular.

¿Algo nuevo?

DENTRO de algunos minutos va a aparecer en el escenario un hombre de color. (Lo de color es sólo cuestión de referencia, porque bien pudiera ser un hombre azul, verde, rojo, amarillo, marrón, blanco, negro, y de todas maneras nos daría igual). Este hombre, proseguiendo, está acusado de dominar un extraño lenguaje musical. Atención a los profanos: es un jactista. Atención a los entendidos: es un jactista de calidad definitiva. Atención a los dioses: sí, no están usted

des equivocados, «es un angelote negro del jazz». Oigámoslo ahora cuando se le interroga sobre experimentos jactísticos, saturados de aventurerismo, que se siguen haciendo hoy día, incluido el propio interrogado: Todo ser humano tiene la obligación de intentar algo nuevo. No importa el logro, sino la actitud. Yo lo intenté toda la vida y lo sigo intentando. El ochenta por ciento de las veces he fracasado. Pero nunca, nunca, dejaré de aplaudir a quienes buscan algo nuevo.

Así habló el hombre.
Sentencia: un siglo en una noche de jazz.

Atisbos de jazz sinfónico

EL HOMBRE se llama Duke Ellington (Edward Kennedy Ellington), y su nombre está irremediablemente comprometido con la crónica negra del jazz de nuestro tiempo. No hay escapatoria. Si se lo preguntáramos al propio Ellington nos diría que no tiene por qué haberla. Eso, lo del jazz, forma parte de su alucinado y fantástico itinerario. Como si fuera materia purísima y elemento vivificador de su destino. Como si fuera y es. Relámpago de aliento y llamada encogedora de una vida dilatada y laboriosa, inquietante e inconforme. Es la inconformidad propuesta por el sonido

ilimitado del jazz. Ilímite, casi en el trasfondo del hombre. Ahí mismo, detrás de la piel. Ilímite o intimista, de modo que no nos sintamos extraviados los menos enterados. ¿Intimista? Más que intimista, egoísta. Música de jazz para cuatro gatos. Es la esencia. No más de cuatro gatos de epidermis celeste. Ellington puede muy bien llenar el teatro con cien gatos, mil gatos, un millón de criaturas felinas. Los cats del jazz. Para los jactistas no comprometidos con otra cosa que no sea la plurivalencia del jazz, la multitud es un mito. Un mito que, sin embargo, ronronea la quejumbre del jazz después que se ha encaramado en los tejados oscuros. Jazz for four cats. Lo grande del jazz es que de la multitud siempre asomará la nariz un profano que tiene la esperanza estadística de figurar entre los «cuatro gatos».

El Duke Ellington nació en 1899 en la ciudad de Washington. El mundo lo conoce, a través de revistas especializadas, por las ruedas de limón que le han crecido y madurado debajo de los ojos. En la música se conoce por otro motivo. Si la música suena con atisbos de jazz sinfónico es porque suena a Ellington. De él revienta la forma aristocrática, seudoeuropea, que vino a darle una nueva razón de ser al jazz que, como todos sabemos, aca-

bó por abrirle posibilidades y efectos hasta entonces insospechados a esta música. Por ello lo censuraron sus compatriotas, primero, y más tarde los denegadores de oficio regados en todos los lugares del planeta. Pero Ellington, en este sentido, era un bloque de granito.

Su música negrorrítmica era ya una insobornable y definitiva respuesta. Ellington es siempre un músico de altura. La edad septuagenaria que carga sobre sus espaldas ahora mismo no es sino un ciclo más de su genialidad recreadora que ha sabido transformar en música sofisticada sus alumbraamientos y búsquedas jactísticas. Intellectualizó la forma tradicional del jazz porque él venía en actitud adelantada con su brizna valiosa heredada de los músicos académicos. El dio la pauta con su orquesta grande (big band), y propuso un sonido particular un tanto salvaje, pero ebrio de frescura y espontaneidad. Humanizó la trompeta y el saxofón y coronó el «wau-wau» que llena todo un período glorioso de la discografía jactística.

El Duque, por estas razones, es aclamado y respetado hoy en el mundo entero. La batalla de su música no ha sido difícil en absoluto. Era sólo cuestión de manosear el piano, con elegante parsimonia de negro culto, y hacer jazz a su manera.

El sonido ellingtoniano

EL ANECDOTARIO del jazz refiere que el compositor Federio Grofé, autor de la «Suite del Gran Cañón», y el director de orquesta, Paul Whiteman, célebre por el hecho de haber estrenado la «Rapsodia en Blues» de George Gershwin en 1924, eran admiradores furibundos de Duke Ellington y que, noche tras noche, iban a cierto local de los suburbios de Nueva York donde se presentaba el jactista, con la idea de estar bien enterados de su ya sorprendente y fabuloso sonido orquestal. El anecdotario va un poco más lejos porque nos da a entender que lo que quería Paul Whiteman, principalmente, era «apropiarse» de aquel colorido extraño, de atildados efectos y casi irreal de la música de Ellington. La anécdota concluye cuando Grofé, extasiado asimismo con los arabescos musicales del gran Duque, le dice a Whiteman:

—Vámonos. A ése no le podrás «robar» ninguna nota.

Lo que queremos enfatizar en estos apuntes anecdóticos de Julio Coll en su libro «Variaciones Sobre el Jazz» (*) es que Ellington aparece en la escena jactística, en aquel período de iniciación y de afianzamiento del género, con un propósito bien determinado con respecto a la música por él recreada e interpretada. Sí, era jazz lo que fluía libre-

mente de aquella catarata de sonidos. Un estilo de jazz que, hasta entonces, no se parecía a ningún otro. Era, evidentemente, una acometida semibárbara ejecutada por un grupo de músicos alucinados que afianzaban con ello una manera, su manera de cultura jactista que no tenía antecedentes. Era el sonido ellingtoniano que, a fuerza de cierto amaneramiento sincopado pero siempre disciplinado, daba por fin con la clave de algo diferente que imantaba a los conocedores desde el primer momento. Era el jazz de Ellington que lograba irrumpir triunfalmente, casi popularmente, derribando de este modo todas las advertencias pesimistas. Si, se trataba de un jazz realmente nuevo, vital, personalísimo, despojado de aparentes «bonituras» y conscientemente desviado del facilismo tradicional. Por ello, sí, un jazz de negros cultos que corría el riesgo de intelectualizarse, destruyendo así la espontaneidad de improvisación del género. El riesgo estaba ahí, en cada nota trepidante del saxofón, en cada aullido efectista de la trompeta, en el desbordante y restallante tronar de los tambores. La música que hablaba de los negros con un nuevo calor y hacia un nuevo color, manejada artísticamente por Ellington con alegría de avanzado. El riesgo de que se confundiera y se extraviara el jazz siempre lo hubo. Lo que ocurrió con Ellington es que era demasiado músico y demasiado fiel a la



más pura tradición del jazz para hacer daño con su audacia. Y es por ello que Duke Ellington se conserva ahí: en el pedestal de los jactistas auténticos que aportan y se entregan, que vuelven sobre lo hecho y reflexionan, estudian y recrean, que es una manera de crear siempre.

Cuando nos enteramos de la caudalosa inventiva de Ellington a través de la técnica del microsurgido, sabemos de inmediato que detrás de toda aquella granizada de sonidos acondicionados a su modo, hay algo más que música destinada a sorprender y a entretener al gran público. Está bien que después que Duke Ellington y sus músicos suban al escenario y toquen con frenesí contagioso, venga el reconocimiento unánime, el puñado de dólares, la fama, los aplausos. Está bien, más que bien, que el negro aristocrático del jazz sonría y se le iluminen los ojos como un adolescente cuando muere, como si se tratara de una fruta. «Mood Indigo», «Sophisticated Lady», «Liberian Suite», o cualquiera de sus composiciones legendarias que tanto entusiasman a los «fans» de todas las edades en todos los lugares del mundo. Hay, insistimos, una secreta dicha interior detrás de todo esto.

Una conquista. Una afirmación que no envejece y que se mantiene arriba, altísima, como en la cola de un cometa.

Es Ellington, hecho duende, y la expresión esplendorosa de su música.

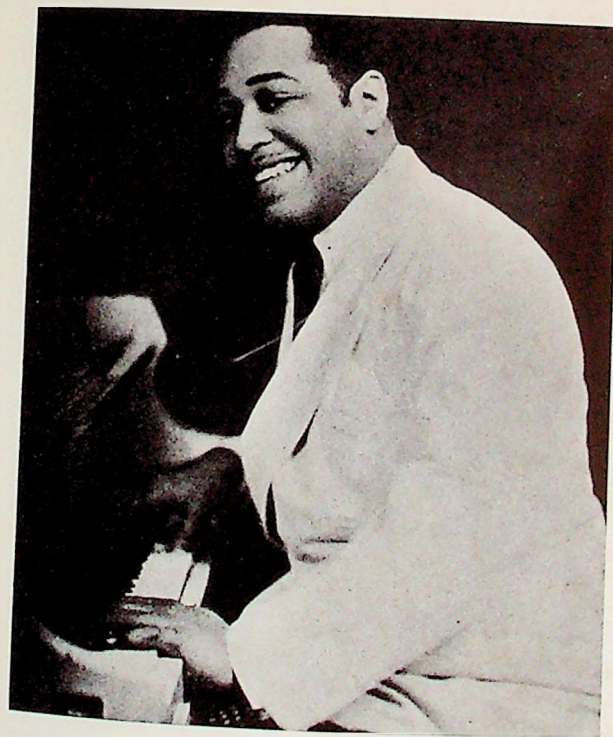
Es Duke, el gran Duque, hermano del Rey Jazz.

Ellington en persona

PODRÍAMOS considerar el jazz como un cierto elemento jocoserio si se nos presenta como espectáculo y si se trata de Ellington. Sabemos que este hombre viene precedido de una fama legítima e inalterada que sobrepasa ya los cuarenta años. Parece demasiado tiempo. Se nos hace casi increíble ver su figura espigada y la plenitud de su jovialidad. Con él nos disponemos a asistir al alarde de la improvisación depurada y a la técnica del foguero rítmico del jazz. ¿Cuántos años tiene en verdad este hombre? Sabemos que nació el 29 de abril de 1899. Pero ha debido haber un error en la fecha, porque el Duque, de corbatín y pelo largo hace como si flotara en una edad indefinida. La edad del jazz. De inmediato vamos a comprobarlo.

Una cosa es hablar de Ellington teniendo como referencia su abundante discografía, y otra, muy distinta, acercarnos en vivo al regocio jactístico de su música. No es que no sea válido hablar de un Ellington físicamente invisible. Lo que ocurre es que entre Ellington y el público se manifiesta, de modo instantáneo y casi magnético, una comunicación abierta y poderosa. Es un hecho que no deja de tener su poco de fábula. Los que estamos enfilados a la música de jazz v. más apropiadamente, al sonido ellingtoniano, lo sabemos.

De que Ellington es uno de los más sobresalientes representantes del género del jazz no hay ninguna duda y es un lugar común insistir en ello. Pero en el concierto que comentamos se trata de un Ellington espectáculo que tiende desventajosamente, por momentos, a transformar la especie de jazz-session en una jornada evidentemente comercial. Si, va está dicho: jazz comercializado. No hay otro modo de explicarlo. La diferencia es que lo hace Ellington con su vivificante fuerza emotiva. Es un torrente. Un fogonazo que sobrepasa el límite del «show». Un tifón alucinante y deslumbrador que va mucho más allá del límite del



circo. Es el septuagenario Duke Ellington realmente en persona.

Para elogiar rotundamente a Ellington, que es lo único justificable a lo largo de cualquier comentario que se intente sobre su personalidad y su arte, pecaríamos de ociosos si, antes de hacerlo, no dejáramos anotada aquí nuestra desilusión por el malabarismo deplorable del saxofonista Paul Gonsalves al inicio del concierto. Gonsalves subió al escenario deslucidamente ebrio y puso en entredicho el espectáculo. No es que «todos los jactistas hagan eso», como oímos decir a algunas personas durante el intermedio. ¡No! ¡El jazz no es eso! El propio Gonsalves, por otra parte tan versátil y expresivo con su instrumento, no desmeritó en absoluto como músico ante este hecho porque más tarde trató por lo menos de demostrar, cuando le tocó lo suyo como solista, que posee autenticidad jactística. Fue un desliz. Quizás una ingenuidad que señalamos, sin embargo, porque creemos que no tienen razón aquellos que insisten en decir que el jazz es licor en exceso, drogas y otros desplantes. No, repetimos, el jazz no es eso. El mismo Paul Gonsalves demostró que el jazz es una llama purificadora. Una especie de fiebre, tan te-

rrible como generosa, que hace más bien que mal al alma. aunque, asimismo, haga más mal que bien al cuerpo. No es el despilfarro de un momento en la alegría del hombre. No, otra vez. Con Paul Gonsalves y con los músicos todos de Ellington, incluido el mismo Duke, vimos, escuchamos y apreciamos que el jazz es algo más: es la vida en estado frenético o la inquietud del hombre en estado de divinidad.

Pero si nos desilusionó la torpeza de Gonsalves, más nos entristeció la inoportuna imitación de Louis Armstrong hecha por otro músico de la orquesta. ¿Por qué Armstrong en ese momento? ¿Somos tan lerdos los venezolanos aficionados al jazz? Es probable. En ningún caso hizo bien Ellington al invocar el recuerdo de Armstrong. Este tiene su propia luz y su propia gloria. No hacía falta recordarlo esa noche. No así, como show. NO, one more time.

Lo que sí es cierto es que el jazz da para todo. Si se es bueno en el género, como Ellington, quedan borrados todos los defectos cuando se encumbra el jazz en su infinita verticalidad. Ya lo vimos con el Duque, que sigue siendo impresionantemente admirable. Los integrantes de su banda, pese a su

desenfado e informalidad aparentes, están acondicionados con la misma rigurosidad absorbente que es propia del jazz de buena ley. Lo demostraron con creces a medida que cada uno de ellos, gradual e incisivamente, se dejaban ganar por el arrebatado del jazz. Ahí estábamos como hipnotizados testigos, recogiendo la emoción de los músicos que vivían sobre el escenario su momento estelar, ya superada la iniciación de los balbuceos armónicos. Habla en ese instante calor de jazz. Un calor intenso, entre músicos y espectadores, que nos hacía «corear» a todos el ritmo sincopado del jazz con los pies y las manos, mientras que por los nervios sentíamos una vibración acompasada y un estremecimiento solidario.

Por ello Ellington es grande. No tiene edad ni le interesa. Es músico siempre y genial cuando quiere.

Un hombre-jazz.

ESTA REVISTA
ES EDITADA POR
LA CREOLE PETROLEUM
CORPORATION
TRIMESTRALMENTE PARA SU
DISTRIBUCION GRATUITA
EN EL PAIS
SU CONTENIDO,
A MENOS QUE SE EXPRESE
LO CONTRARIO,
PUEDE REPRODUCIRSE
INDICANDO SU ORIGEN,
EN ESTE CASO SE RUEGA
ENVIAR A LA DIRECCION
UNA COPIA DE LA PUBLICACION
EN QUE EL TRABAJO APAREZCA
DIRECCION POSTAL:
APARTADO 889,
CARACAS, VENEZUELA.
HECHO EN VENEZUELA
POR CROMOTIP.
CLISES Y PLANCHAS OFFSET
ELABORADOS POR
FOTOGRAFADO VENE.

DIRECTOR:

FELIPE LLERANDI.